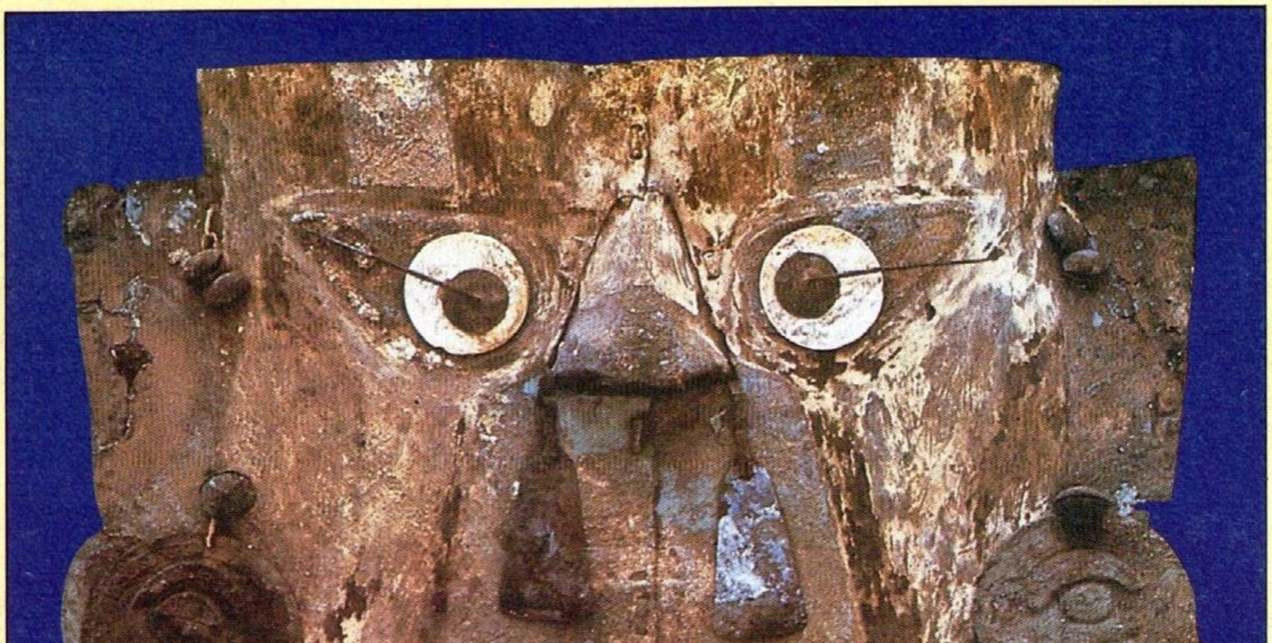
CUADERNOS historia 16

El mito de El Dorado

Manuel Lucena Salmoral

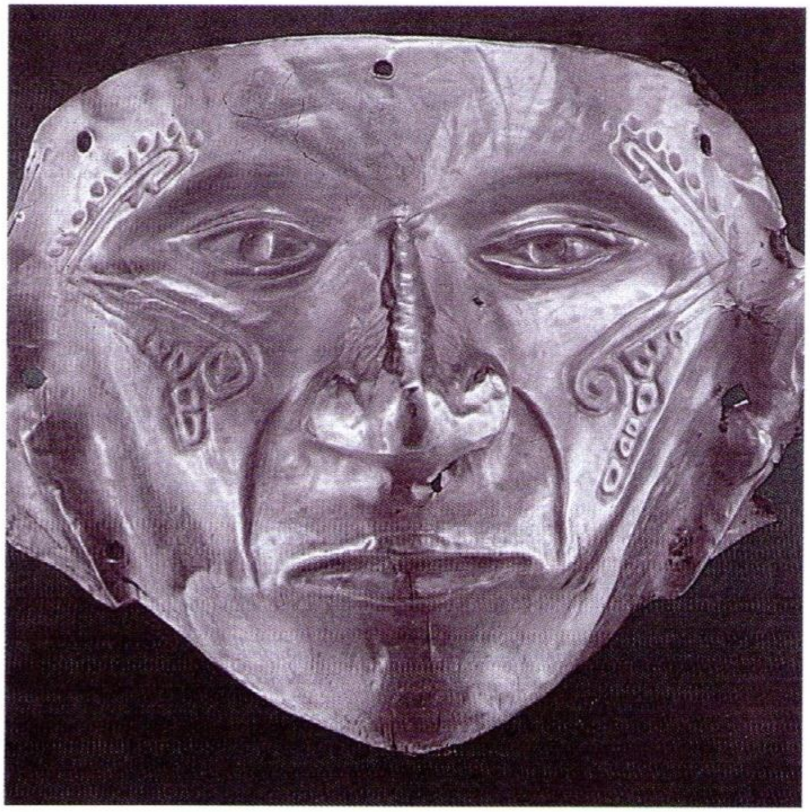


00101

8 413042 644309

101

175 ptas



Máscara de oro de Tierradentro, Colombia (Museo del Oro, Bogotá)

Indice

EL MITO DE EL DORADO
Por Manuel Lucena Salmoral
Catedrático de Historia de América
Universidad de Alcalá de Henares

El mito original 4
El indio Dorado 4
La mejor versión legendaria 6
El pecado del cacique de Guatavita 7
La maldición de la laguna 10
El trasfondo veraz de una leyenda 10
El mito del Meta 14
El País de la Canela 16
El fantasma dorado 16
Los peregrinos de El Dorado 18
Los marañones, tras el mito del Meta 18
Los alemanes, tras el espejismo del Meta . 19
Los quiteños 22
La romería a los llanos y a la Amazonia 22
La ciudad de Manoa y la laguna de Parime 26
Raleigh, el último caballero pirata 28
Los doradistas ilustrados 30
Conclusión 31
Bibliografía 32

El mito de El Dorado

Manuel Lucena Salmoral
Catedrático de Historia de América. Universidad de Alcalá de Henares

FUE el mito más importante de América, tierra fértil como ninguna otra en retar a la fantasía humana. Trajo de cabeza a los más famosos conquistadores, como Ordás, Jiménez de Quesada o Benalcázar. Tentó también a conquistadores alemanes, como Jorge Spira o Felipe Hutten y hasta a algún famoso corsario y poeta como Water Raleigh que, por perseguirlo, se convirtió en pirata. Atrapó en sus redes a jóvenes aventureros y a hombres maduros, que tuvieron sorbido el seso hasta el fin de sus días por la locura. Se transformó, se eclipsó y reapareció al tercer siglo de la conquista y no murió jamás, pues vivió siempre en el corazón de todo emigrante que embarcaba para el Nuevo Mundo. El Dorado pervive aún en el continente de la mayor deuda externa que vieron los siglos, y muchos creen que en el siglo XXI convertirá a Sudamérica en mundo del futuro, de la esperanza, de la opulencia.

El mito original

Realmente, el mito de El Dorado embarcó con Colón y sus compañeros en 1492, cuando empezaron a buscar el Ophir, pero no nació oficialmente a la Historia hasta el año de gracia de 1534 y en el reino de Quito, que por entonces se conquistaba. Su partida de bautismo nos la transcribe el cronista fray Pedro Simón de esta manera: *El fundamento, pues, que hubo, de donde se han levantado estas polvaredas del Dorado fue de esta suerte: recién poblada la ciudad de San Francisco de Quito por el capitán Sebastián de Belalcázar, el año de mil quinientos treinta y cuatro...*

El historiador Herrera ratifica la fecha de nacimiento anterior (1534), y nos da unos datos preciosos sobre quién fue el primer informante del mito. Se trataba de un indio chibcha que vivía en Latacunga y que fue capturado por el capitán Luis Daza, de la hueste de Benalcázar. He aquí su relato: *En la Tacunga tomó Luis Daza un indio extranjero, que dijo ser de una gran provincia, llamada Cundirumarca, sujeta a un poderoso señor que tuvo los años pasados una gran batalla con ciertos vecinos suyos muy valientes, llamados ghicas, que, por haberle puesto en mucho aprieto, había enviado a éste y a otros mensajeros a pedir ayuda a Atahualpa, a tiempo que andaba en la guerra con Guáscar, y que había respondido que lo haría en desembarcándose de ella, y que entretanto anduviesen con él, y que de todos sus compañeros sólo éste escapó en Caxamalca, y se había ido al Quito con Yrruminavi, y preguntándole diversas cosas de su tierra, decía la mucha riqueza de oro que en ella había y otras grandezas que han sido causa de haber muchos emprendido aquel descubrimiento del Dorado, que hasta ahora parece encantamento.*

Cuesta trabajo creer toda esta historia de que el Zipa de Bogotá (Cundinamarca) le pidiera ayuda a Atahualpa por medio de unos mensajeros, pues, en el hipotético caso de que conociera la existencia de la confederación incaica, es dudoso que le pidiese auxilio para resolver su conflicto con los vecinos, pero es posible que, efectivamente, hubiera algún chibcha en el reino quiteño, habida cuenta de lo andariegos que siempre fueron los indios, y que le contara a Daza y a Benalcázar maravillas doradas de su tierra. Desde luego, el cronista Castellanos coincide en que dicho mito lo puso en marcha un indio chibcha de Cundinamarca que vivía en Quito, aunque no es tan prolijo en los datos de que fuera enviado como emisario a Atahualpa, ni que viviera en Latacunga. También Fernández de Oviedo coincide en señalar que la noticia de El Dorado la obtuvo Benalcázar en Quito. Fijado ya cuándo, dónde y de labios de quién nació El Dorado, veamos ahora en qué consistía.

El indio dorado

Cooinciden bastante los dos cronistas del siglo XVI, Fernández de Oviedo y Castella-

Pectoral de estilo mwiska realizado por el sistema de fundición a la cera perdida (Museo del Oro, Bogotá)

nos, en la leyenda que dio origen al mito. El tercer y restante cronista de esta centuria, Cieza, no entró en pormenores de la leyenda, limitándose a decirnos que también Gonzalo Pizarro *codició descubrir el valle del Dorado, que era la mesma noticia que habían llevado el capitán Pedro de Añasco y Benalcázar, y lo que dicen de la canela.*

Fernández de Oviedo obtuvo su información de labios de antiguos soldados de la conquista de Quito, que fueron luego a residir a Santo Domingo. Según su versión, el mito se fundamenta en la leyenda de que existía un gran señor o cacique que tenía la costumbre diaria de recubrirse el cuerpo con polvo de oro a modo de vestido, lo cual le pareció cosa peregrina, inusitada, nueva y más costosa, pues *lo que se pone un día por la mañana, se lo quita e lava en la noche, e se echa e pierde por tierra; e esto hace todos los días del mundo.* El polvo de oro se lo ponía recubriendo previamente su cuerpo con una resina olorosa, a la que quedaba adherida el metal precioso. Añade el cronista que dicho cacique, en decir de los indios, era *muy riquísimo e grand señor* y concluye para su coleto *creo yo que si ese cacique aqueso usa, que debe tener muy ricas minas de semejante calidad de oro,* cosa que debía ser también la opinión de los españoles de entonces, que escucharon semejante maravilla.

Castellanos nos cuenta, a grandes rasgos, la versión que luego siguieron casi todos los cronistas neogranadinos. Asegura que el indio que le narró la leyenda a Benalcázar en Quito era *forastero,* pues era vecino de Bogotá. En cuanto al cacique dorado, queda transformado en rey. Acepta que iba desnudo y se ponía trementina en el cuerpo para que se le pegase el oro molido, con lo cual parecía *como rayo del sol resplandeciente.* Añade algo importante, y es que iba a hacer oblación en una balsa a una laguna, que llama *piscina,* lo cual nos enfrenta ya a una ceremonia ritual, esporádica, por tanto. También señala que continuamente se hacían ofrendas a la laguna de *joyas de oro y esmeraldas finas.*

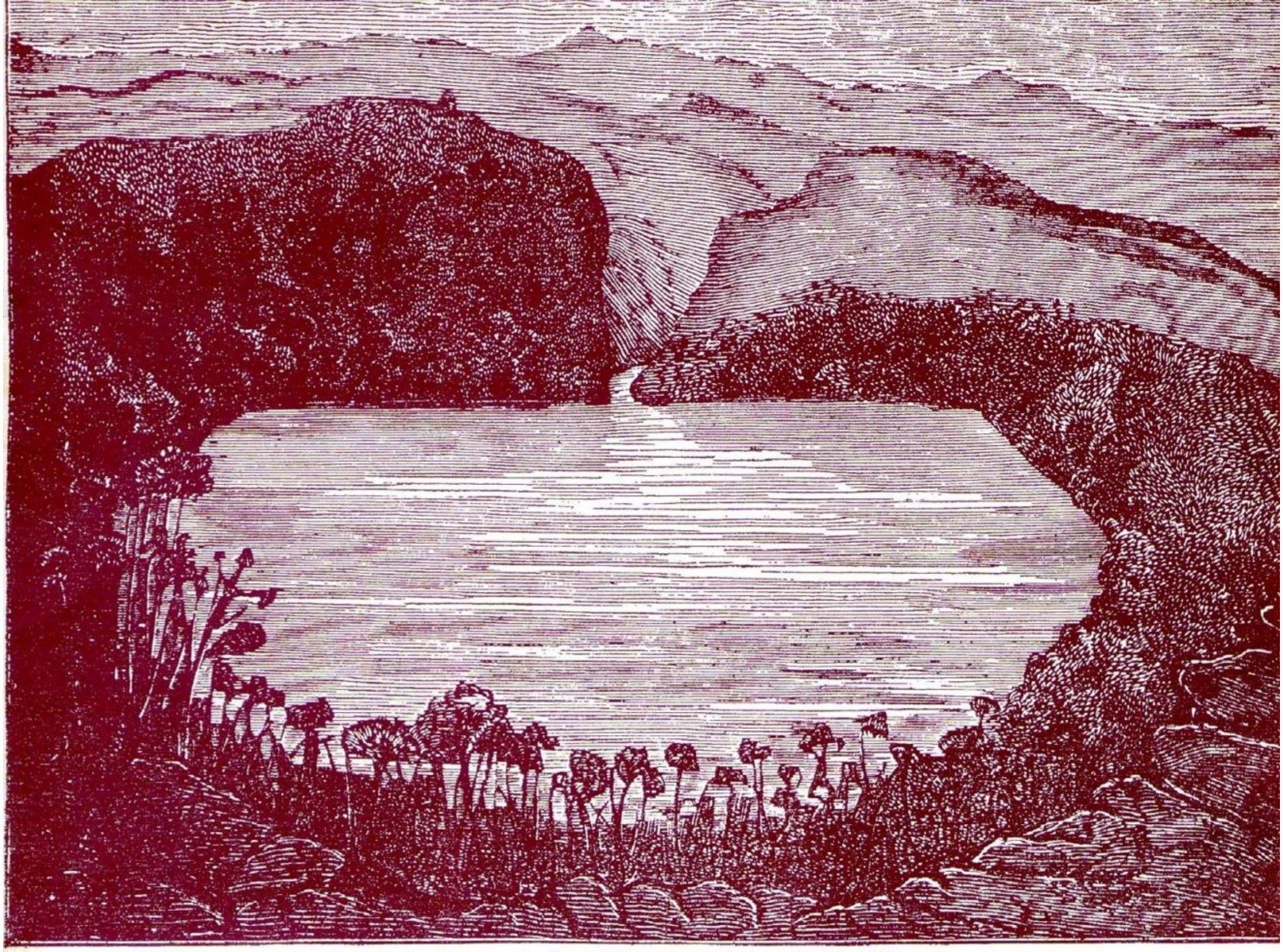
La mejor versión legendaria

La mejor versión es indudablemente la de fray Pedro Simón, que la escribió a principios del siglo XVII, recurriendo, quién sabe a qué fuentes. Desde luego, fray Pedro consultó mucha documentación original de la centuria anterior, que ha desaparecido, y estuvo en Guatavita.

Según Simón, Benalcázar andaba averiguando noticias sobre las riquezas de las tierras de los indios, después de conquistar Quito, cosa que es muy creíble. Le dijeron que había un indio forastero y decidió interrogarle. Se llamaba Muequetá y era del cacicazgo de Bogotá. Al preguntarle si en su tierra había oro, contestó afirmativamente, y añadió que también esmeraldas. Incluso había una laguna donde el cacique *entraba algunas veces al año en unas balsas bien hechas al medio de ellas, yendo en cueros, pero todo el cuerpo lleno, desde la cabeza a los pies y manos, de una trementina muy pegajosa y sobre ella echado mucho oro en polvo fino, de suerte que cuajando el oro, toda aquella trementina se hacía todo una capa o segundo pellejo de oro, que dándole el sol por la mañana, que era cuando se hacía este sacrificio, y en día claro, daba grandes resplandores, y entrando así hasta el medio de la laguna, allí hacía sacrificio y ofrenda arrojando a la agua algunas piezas de oro y esmeraldas, con ciertas palabras que decía, y haciéndose lavar con ciertas hierbas como jaboneras todo el cuerpo, caía todo el oro que traía a cuestas en el agua, con que se acababa el sacrificio y se salía de la laguna y vestía sus mantas.*

Desde el punto de vista etnográfico, es una descripción perfecta de una ceremonia de purificación entre los mwiska de lengua chibcha. Sabido es que esta comunidad indígena, como otras de su misma familia lingüística (estamos pensando concretamente en los ijka de la Sierra Nevada de Santa Marta o en sus vecinos los kougi), consideraban las lagunas como lugares sagrados y su agua como elemento de purificación para limpiar las culpas contraídas. La eliminación de la culpabilidad se lograba mediante un sacrificio de algo valioso (y el oro lo era) y lavándose con agua purificadora y esas hierbas, a modo de *jabón,* que seguramente eran trailejones, elemento de carácter sacro. También encaja bien la idea de que la ceremonia se hiciera en días claros, que es cuando el sol podía verla, y al amanecer, que es cuando nace.

Simón hizo una consideración, en el sentido de que las lagunas y algunas partes significativas de los ríos eran siempre lugares sagrados y de purificación para los chib-



La laguna de Guatavita en un dibujo del siglo XIX

chas, ocupando, entre todos, un lugar preeminente la laguna de Guatavita, en razón del paraje donde se encuentra, porque según dice *está en la cumbre de unos muy altos cerros, a la parte del norte, caúsase de unas fuentezuelas o manantiales que salen de lo alto del cerro que la sobrepuja, que manaron por todos como un brazo de agua, que es la que de ordinario sale de la laguna o poca más, por ser tan profunda. La cual no tiene de ancho en redondo, aunque un poco aovada, mas de un tiro de largo de piedra; a la redonda subirá por partes del cerro desde la agua otro tiro por lo más alto, porque no están parejas las cumbres que la cercan; algunos árboles bajos como los consiente la frialdad del páramo donde están, cercan sus riberas de sus aguas claras, aunque no gustosas, por picar un poco su sabor de agua de bomba.*

Vemos así, que el cronista no sólo vio y describió la laguna, sino que hasta incluso probó sus aguas. Simón agrega que en sus aguas vivía un dragón (probablemente una serpiente de agua) a la que los indios reverenciaban y hacían ofrendas *de algún oro y esmeraldas.*

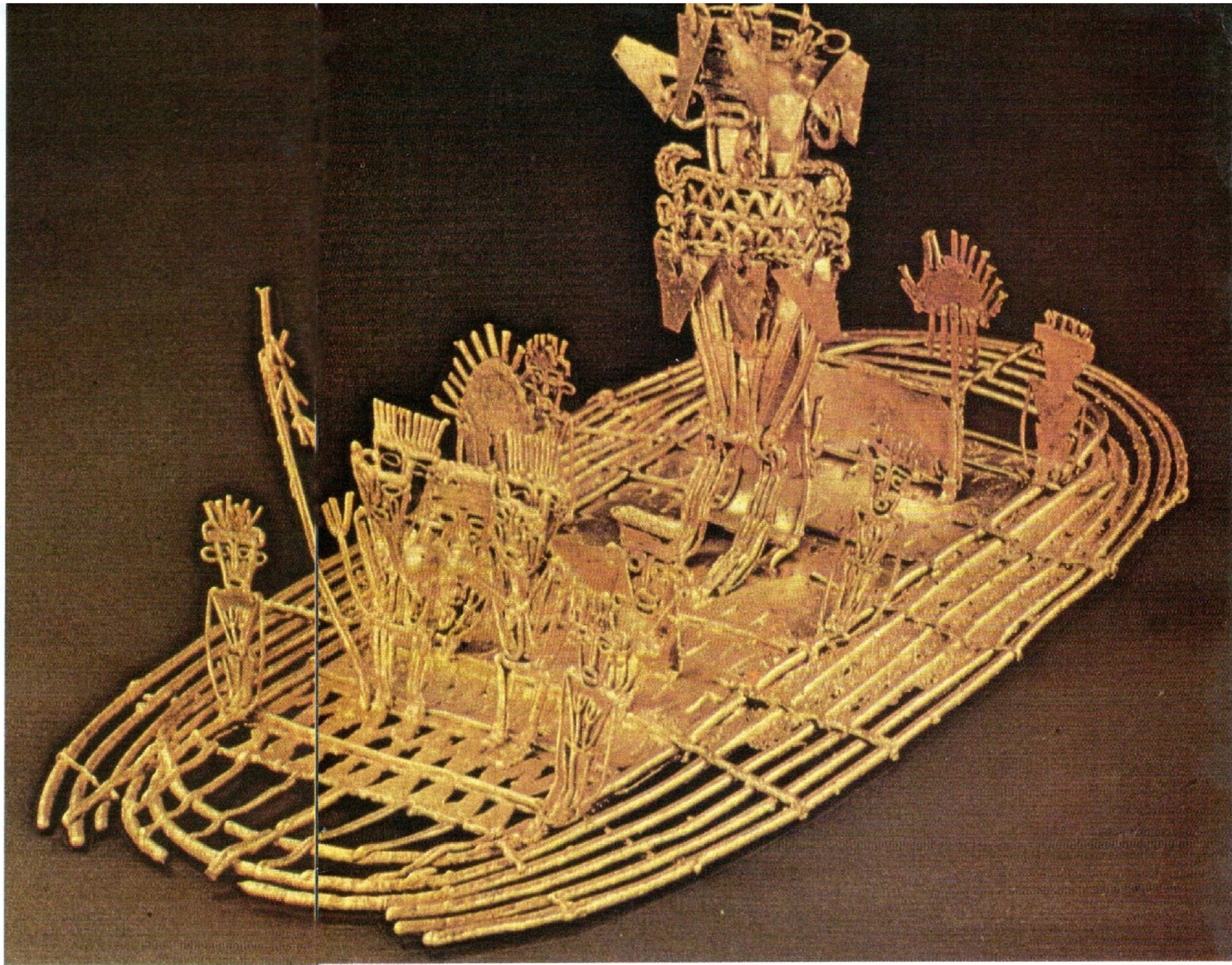
Esta situación, que era la normal, cambió de pronto con un suceso extraordinario del que vino a resultar la gran ceremonia de purificación que los caciques de Guatavita hicieron desde entonces, con el paseo en balsa y el lavado ritual de polvo de oro. ¿Cuál fue la culpa o pecado que exigió semejante rito? Pues también nos la explica fray Pedro, quien, como vemos, tenía unas cualidades de historiador que para sí las quisieran muchos de nuestros contemporáneos.

El pecado del cacique de Guatavita

En tiempos muy atrasados, que es como el cronista nos dice castizamente eso de *en tiempos antiguos,* hubo un cacique de Guatavita que tenía especial amor hacia una de sus esposas por ser de *buenas partes en sangre y hermosura.* La joven no correpondió a la estimación de que era objeto y se enamoró de otro indígena (un caballero de

los de la corte, le llama Simón). Supo el cacique la traición de que era objeto y realizó un escarmiento sumamente atroz, como fue cortarle al indio los genitales y guisarlos en una comida que le obligó a deglutir a su amante. Luego ordenó empalar al indio y estableció una fiesta periódica en la que, al parecer, se comía y bebía mientras los indios cantaban el delito cometido por la cacica. De esta forma estimaba que serviría *por escarmiento de la demás mujeres y castigo de la adúltera.*

Dos visiones de la ceremonia de la laguna de Guatavita: arriba, *reconstrucción realizada en la película El Dorado, de Carlos Saura, de inminente estreno;* derecha, *balsa ceremonial en oro de estilo mwiska*



La cacica soportó las humillaciones hasta que no pudo más, especialmente después de dar a luz una hija de la que era padre el cacique. Convaleciente todavía del parto, escapó del poblado en compañía de una muchacha que transportaba en sus brazos a la hijita recién nacida. Llegó a la laguna con sigilo para no delatar su presencia a los indios que vivían en sus riberas, y echó al agua a las dos niñas, tirándose luego ella. Las tres se ahogaron sin que los indios pudieran hacer nada por impedirlo.

Al día siguiente se avisó al cacique, que llegó presto a la laguna. Apesadumbrado por lo que había sucedido, mandó a los sacerdotes o mohanes que buscasen los cuerpos de las víctimas. El sacerdote mayor procedió a realizar una ceremonia de adivinación y se sumergió luego en la laguna, regresando con la noticia de que la cacica estaba viva (Simón dice que fue embuste que el demonio puso en su imaginación), en compañía del dragón (culebra) de la laguna, con quien también estaba la hija del cacique. Según manifestó al sacerdote, no pensaba abandonar dicho lugar.

El cacique de Guatavita quedó consternado, pero pidió al sacerdote que al menos sacara a su hija. El mohán volvió a sumergirse y salió con el cadáver de la niña que estaba sin ojos por habérselos comido el dragón. El cacique quedo desconsolado y mandó echar el cadáver al agua.

A partir de entonces, comenzaron las ofrendas a la cacica, a la cual se tomó por protectora de la comunidad. La laguna se convirtió en uno de los más importantes santuarios indígenas a donde acudían indios desde regiones lejanas, para hacer sus solicitudes de favores a cambio de sacrificios, como alimentos, joyas, oro y esmeraldas. Algunos naturales afirmaron haber visto a la cacica sobre las aguas, vestida con un faldín rojo y con el torso desnudo, vaticinando sucesos importantes.

Para hacer sus ofrendas cruzaron los indios la laguna con dos cuerdas, que servían para sujetar las balsas de enea y palos con que se iba hasta el centro de la misma. Allí se decían *ciertas palabras e ceremonias, y echaban en ella las ofrendas.* Esto, al parecer, lo hacían toda clase de indios, pero la ofrenda más valiosa era obviamente la que

hacía el propio cacique de Guatavita, según la descripción que vimos antes del indio Dorado. Cabe pensar que la harían en algunos momentos importantes, como al nombrar un nuevo cacique, cuando había sequía, inundaciones, hambres, etcétera.

La maldición de la laguna

La laguna se convirtió en el lugar seguro donde guardar los tesoros de los chibchas a la llegada de los españoles. Es este un tópico frecuente en América y en todo el mundo ante la llegada de sus conquistadores; sin embargo, puede tener cierto valor de realidad si aplicamos un porcentaje corrector a la imaginación de los españoles. Simón refiere que sólo el cacique de Simijaca mandó tirar a esta laguna unos cuarenta quintales de oro fino, en vísperas de la ocupación peninsular, y supone que otros caciques hicieron algo semejante, rogando a la cacica que les librase de la invasión. Sin llegar a exageraciones, parece probable que, efectivamente, muchos indios prefirieran entregar sus tesoros a la laguna antes que a los españoles.

Guatavita fue, desde entonces, una laguna maldita y nadie logró encontrar sus riquezas. El primero que lo intentó fue el capitán Lázaro Fonte, perteneciente a la misma hueste conquistadora de Jaime de Quesada. Gastó su dinero inútilmente en extraerlas, sin apenas provecho. Luego vino Hernán Pérez de Quesada, hermano del conquistador, quien intentó desaguar la laguna y logró rebajar su nivel unos diez pies. En sus márgenes aparecieron objetos de oro por valor de unos cuatro mil pesos de oro fino.

El tercero fue un mercader español llamado Antonio de Sepúlveda, que residía en Bogotá. Fue a España y logró una cédula real que le facultaba a desaguar la laguna. Se estableció en Guatavita, donde montó una enorme empresa de ingeniería para el desagüe. Logró rebajar el nivel del agua y halló numerosas piezas de oro y algunas esmeraldas de valor. Lamentablemente, sobrevino un invierno muy duro (aguaceros) que cegaron el desaguadero hecho. Sepúlveda gastó su dinero y murió en la pobreza más absoluta en un hospital, lo que entonces era signo de indigencia.

En 1625, una compañía de 12 mineros del real de Mariquita pidieron al presidente Borja autorización para desaguar la laguna. Se les concedió, pero el proyecto se malogró también. Pasaron los años y el Nuevo Reino de Granada dejó de ser español, después de la memorable batalla de Boyacá, dada el 7 de agosto de 1819. Unos diez meses después, el 16 de junio de 1820, se registró en la notaría primera de Bogotá una compañía comercial de varios criollos, cuyo objetivo era desaguar la laguna de Siecha, situada al sureste de Guatavita, y encontrar sus tesoros. Uno de los 16 socios de la compañía era el general Francisco de Paula Santander, padre de la patria colombiana. Otro, París, quien dirigió los trabajos de desagüe en 1821. En octubre de 1823 le ayudaban ya el capitán inglés C. S. Cochrane y el señor Rivero; en mayo siguiente llegaron los coroneles Hamilbon y Cambell. No se logró el éxito esperado y, además, sobrevino la muerte de varios trabajadores, lo que obligó a abandonar las obras. A mediados del siglo XIX, otro español intentó lo mismo, y fracasó. A principios del siglo XX, inició sus trabajos el inglés W. Cooper, socio de la compañía *Contractors Ltd.*, que se liquidó en 1914 a causa de la primera guerra mundial. Cooper logró hallar igualmente varias piezas de oro y cerámica, pero tampoco tuvo éxito.

En 1967, la población de Guatavita y sus alrededores, todo el valle del Tominé, fue inundado por las aguas del embalse de Guatavita y presa de Sesquilé, la segunda obra hidráulica de Colombia, que se hizo con objeto de controlar el caudal de agua del río Bogotá y el consumo de las centrales hidroeléctricas del salto del Tequendama.

El trasfondo veraz de una leyenda

La laguna de Guatavita fue realmente una de las más importantes de la confederación de Bogotá, junto con las de Guasca, Teusacá y Siecha (llamadas hoy lagunas de Siecha, en Guasca) y Ubaque. Había otras muchas lagunas, como las de Fúquene, Cucunubá, Suesca, Churuguaco, Tibabueyes, Tena, Ubalá y la de Palacio, próxima a Cucunubá. En todas hicieron los chibchas sus ceremonias de purificación, pues eran lugares sagrados. Posiblemente, como siempre ocurrió con los santuarios, algunas se ponían de moda en determinado momento, mientras las otras decaían.

La de Guatavita estaba situada en un ambiente especialmente propicio para suscitar

Dos indios kougi *de Sierra Nevada, en las proximidades de Santa Marta, descendientes de los antiguos taironas* (arriba). *Dibujo de una escultura colombiana* (derecha)

el fervor religioso. Rodeada de montañas y a 3.100 metros de altura sobre el nivel del mar, sus aguas eran más puras o menos contaminadas. La palabra contaminación la usamos en el sentido religioso que tuvo entre los indios de lengua chibcha: agua que no ha estado en contacto con los hombres ni con los animales, y que, por tanto, es pura y sirve para lavar las culpas.

Que en Guatavita se celebraron ceremonias de purificación está fuera de toda duda. En ellas solía ofrecerse lo más valioso, pues para lograr el favor excepcional de los dioses o espíritus hay que darles algo estimable. Se ofrecerían, así, alimentos y esmeraldas, pero sobre todo, oro. Este metal era muy estimado por los chibchas por la sencilla razón de que era escaso. Lo conseguían por intercambio con pueblos de la otra margen del Magdalena, donde sí abundaba (territorio de Antioquía). Les cambiaban el oro por la sal, producto éste muy abundante en la sabana, donde había, y hay, minas de sal gema. Resultó, de esta manera, que una tierra rica en sal, pero pobre en oro, se convirtió en símbolo de riqueza aurífera, porque sacrificaba precisamente lo que no tenía; lo más valioso. De aquí vendría la perplejidad de los españoles y el mito. Al no aparecer el

Figurilla de oro perteneciente al llamado tesoro de los quimbayas (Museo de América, Madrid)

oro, siguieron buscándolo por todas partes y la leyenda del país rico se convirtió en mito andante, como veremos.

Señalemos, finalmente, que de las lagunas de Cundinamarca se han extraído numerosas piezas de oro. En la de Siecha, en Guasca, se encontró en 1856 un disco de oro de 268 gramos y 19 kilates, en el cual se representa la ceremonia de El Dorado; una balsa con los indios, etcétera. La pieza está en el museo de Berlín. En 1970 se halló otra balsa de oro con la ceremonia de El Dorado, que es la que se exhibe en el museo del oro de Bogotá, como pieza maestra de la orfebrería mwiska. Mide 19,6 centímetros de largo, por 10,2 centímetros de ancho. En la laguna de Guatavita se han hallado numerosos objetos de oro, entre los cuales destacan un pectoral de 242,10 gramos y un collar de 67,56 gramos, con láminas colgantes.

Por todo lo cual, podemos concluir que la leyenda que dio origen al mito de El Dorado tiene un fondo de veracidad. En el territorio de los indios mwiska se hacían ofrendas a los espíritus o dioses de las lagunas, muchas de ellas de oro. Es probable que esto fuera general en todas las lagunas, aunque algunas de ellas atraerían más la atención de los penitentes, como parece ser el caso de Guatavita. En cuanto a la ceremonia del indio Dorado, puede ser también usual en varias lagunas, sin descartar la posibilidad de que en Guatavita revistiera mayor solemnidad, en relación con la historia referida. La extraordinaria altura de dicha laguna, el hecho de que el dragón o serpiente (signo de la fertilidad) se comiera los ojos de la niña (los ojos habían visto el sol o la serpiente y debían, por ello, ser extirpados), que cargaba con la culpabilidad del delito materno y el brillo dorado del oro, que se ofrecía al sol naciente, nos indica un culto solar muy poco estudiado.

El país de los indios que ofrendaban oro a sus lagunas era, por otra parte, muy rico, ya que abundaban en él los alimentos, las esmeraldas y algo que los humanos han valorado más que ninguna otra cosa, por ser necesario para la vida, la sal. Los mwiska trabajaban sus minas de sal gema y hacían unos panes que intercambiaban por alimentos de tierra caliente, algodón, oro, etcétera. La fama de tal nación corrió de boca en boca por los páramos andinos y bajó por los ríos que se dirigían a la vertiente atlántica a través de los llanos. Lo que los españoles no

Figurillas votivas de estilo mwiska (Museo del Oro, Bogotá)

pudieron sospechar es que aquel país riquísimo, donde los hombres ofrecían oro a sus dioses de la aguas no tenía ni una sola mina del precioso metal; ni siquiera ríos de arenas auríferas. Así, de la ceremonia nació la leyenda, y de ésta, el mito.

Pese a que la leyenda del cacique Dorado y el mito que generó se ubicaron en un sitio muy concreto de la geografía americana, como fue el territorio ocupado por los indios mwiska de lengua chibcha (básicamente las confederaciones tribales de Bogotá y Hunza), las circunstancias hicieron que se convirtiera en errante, en inalcanzable, en verdadero mito. Se debió esto a que El Dorado engendró un mito reflejo en la región de los llanos que se llamó el Meta y a que algunos españoles pensaron que un país de la canela, del que también hablaban los naturales de Quito, debía ser el mismo del indio Dorado, ya que la caneia y las especies eran entonces las mercancías más valiosas. El mito del Meta y el país de la Canela se convirtieron así, en compañeros de viaje del mito Dorado, y ayudaron con él a la función histórica de descubrir y conquistar esa parte norte de Sudamérica, que los españoles llamaron la tierra firme, y que correspondía a lo que hoy son los territorios venezolano, colombiano y guayanés. El Dorado y sus complementos del Meta y del país de la Canela viajaron por las tres cordilleras andinas, por los ríos que iban al Orinoco y por el mismísimo Amazonas.

El mito del Meta

Meta o Metha, que de ambas formas lo escribieron entonces, era, y es, un río llanero que desemboca en el Orinoco. Está en la frontera entre Colombia y Venezuela, que es tanto como decir en el fin del mundo, y ha sido siempre hábitat de tribus seminómadas como guahivo, piapoco, salivas, piaróas, etcétera. Para unos pueblos cuya alimentación básica es la yuca brava *(mandihot sculenta),* a la que extraen el veneno o ácido prúsico con rudimentarias exprimideras de fibra, con objeto de convertirla en cazabe o manioco, las referencias sobre el país de los chibchas, que vivían al otro lado de la cordillera andina, debían ser verdaderamente míticas. Para los pueblos indígenas del Orinoco, que vivían en plena selva tropical, Meta era el otro mundo, el llano por el que se iba a la cordillera, a la tierra de los chibchas. Esto debió ser lo que intentaron explicar a los españoles.

El mito del Meta empezó a generarse en el año 1530, cuando el caballero Diego de Ordás, antiguo conquistador de México, capituló con la Corona la gobernación del Marañón (Orinoco), por estar convencido que desde ella, subiendo el río Grande arriba, llegaría hasta las minas de oro de los incas, que suponía ubicadas a las espaldas de la costa descubierta por Francisco Pizarro; el fabuloso Perú, cuya conquista acababa de capitular su descubridor. No podía imaginar que a las espaldas del Perú no había oro, sino plata, y menos que entre la Orinoquia y la sierra peruana se interponía el pequeño obstáculo de la Amazonía y los Llanos.

Ordás tardó casi un año en organizar su expedición de 450 hombres, con los cuales embarcó para el Orinoco. Debido a esta demora, se le anticipó el nuevo gobernador de Trinidad, don Antonio Sedeño, que mandó construir una fortaleza en la costa donde desembocaba dicho río. Ordás tomó la fortaleza a su llegada y obligó a los hombres de Sedeño a seguirle. En San Miguel mandó fabricar unos bergantines apropiados para navegar por el gran río, y comenzó la navegacion fluvial. La *navegación* fue muy difícil, pues comúnmente había que arrastrar los bergantines por medio de maromas y con cuadrillas de hombres que tiraban de las embarcaciones desde ambas orillas, pero esto no fue obstáculo para que fueran remontando el río. Rebasó la zona del Guárico y el Apure y pasó por la desembocadura del Meta, sin percatarse de la importancia de éste. Cada vez era más difícil franquear raudales y cataratas, y al llegar a Atures comprendió que era imposible continuar. Decidió, entonces, recurrir a lo único que le quedaba, como era preguntar a los indios si más arriba había oro o plata. Les mostraba ambos metales y los indios respondieron que oro y con una historia que dio origen al mito.

Veamos ésta en versión del cronista Fernández de Oviedo: *Decían aquellos caribes, mostrándoles oro e plata, que no había plata; mas que hallarían mucho oro, e que lo cogían en una sierra de la provincia de Meta, y que es tierra muy poblada e hay mucha fertilidad e de comer en ella. E bien o mal entendidos estos indios loaban continuamente aquella tierra de Meta...* Los naturales, además, le habían dicho a Ordás que *en lo alto de donde baja el agua (del Orinoco), está una grande laguna, que es el origen e nas-*

Expedición española en busca de El Dorado (grabado del siglo XVI)

cimiento deste río; y que aquélla está entre altas y asperísimas montañas. Vemos así cómo van coincidiendo los elementos precursores del mito de El Dorado en esta versión temprana del Meta.

Castellanos también nos narra esta versión, pero en verso. Añade algunos detalles interesantes, como que en dicho país había sal e indios vestidos y el nombre del guía que era Tagüato, quien informó a Ordás que por el río Arauca arriba:

Yo sé que hallarás gente vestida
Hallarás extendidas poblaciones
Con toda la grandeza que deseas:
Oro, piedras preciosas, ricos dones,
Muy lucidos ropajes y preseas;
Sus ejercicios son contrataciones,
Ansí ciudades como las aldeas;
Es provincia próspera, pujante,
De sal y bastimentos abundante

Naturalmente, Castellanos concluye que Tagüato le estaba hablando del Nuevo Reino de Granada o del territorio de los indios mwiska: *que decía por este reino donde residimos,* cerrándose la relación de este mito con el de El Dorado. Pero volviendo a nuestra historia de Ordás, ya dijimos que se encontró próximo a Atures sin saber cómo seguir *navegando* hacia arriba, motivo por el cual recurrió a la información mediante la técnica del muestreo, lo que dio origen a nuestro mito. Castellanos dice que Tagüato trató de explicarle a Ordás la proximidad de una catarata y el ruido que hacían sus aguas de una forma onomatopéyica, con una especie de *bumbun,* pero los españoles entendieron que ese *bumbun* no era otro que el ruido producido por los herreros que fundían el oro en el Meta. El párrafo es tan grotesco que merece transcribirse, pese a los malos versos:

Bumbun temeretopo le decía,
[(Tagüato a Ordás)
Señalando de piedras gran ruido:
El bárbaro vocablo se entendía,
El propósito fue mal entendido,
Pues allí cada cual interpretaba
Según aquel deseo que llevaba:
Porque decían muchos chapetones
[(españoles)
O señores, que dijo Tagüato
Del gran ruido de las fundiciones
La fuerza y el concurso del contrato:
Con las piedras martillan argollones,
Los golpes dellas suenan grande rato;
Es tal en labrar oro la porfía,
Que suena como gran herrería

Aunque Ordás se animó a seguir adelante, sus hombres le convencieron de que era

mejor regresar a la desembocadura del Orinoco y navegar desde allí hasta la península de Paria, desde donde sería más accesible la penetracion al Meta. Ordás intentó hacerlo. Salió del Orinoco y fue a Cubagua, donde le objetaron sus títulos de gobernador y le enviaron a Santo Domingo. Reconocidos sus derechos, embarcó para España con intención de preparar otra expedición al Meta, pero falleció durante el viaje. No nos ocuparemos más de este personaje, pero mucho del mito del Meta que organizó, y que quedó ubicado en un lugar impreciso, desde el río Meta hasta el territorio chibcha de los mwiska, con los Llanos de por medio y una cordillera andina, la Oriental.

El país de la Canela

No fue un mito, pues existió realmente, pero las informaciones sobre su ubicación hicieron que se confundiera dicho país con el de El Dorado, mereciendo, por ello, que nos ocupemos del mismo.

La leyenda sobre la existencia de un territorio indígena en el que había árboles de canela (una de las especies más codiciadas y costosas en la época), llegó a oídos de Benalcázar, al mismo tiempo que el mito de El Dorado. Fernández de Oviedo, que habló con él en varias ocasiones, y una de ellas precisamente sobre este asunto, nos informa: *E aqueste Benalcázar desde entonces (cuando conquistó Quito) tuvo noticia mucha de la canela, e aun segund él me dijo en esta cibdad de Sancto Domingo, cuando tornaba de España proveido por gobernador de Popayán, su opinión era que hacia el río Marañon la había de hallar, e que aquella canela se había de llevar a Castilla e a Europa por el dicho río, porque segund los indios le habían dado noticia del camino, pensaba él que no podía faltar, si su información no fuese falsa; la cual tenía por cierta e de muchos indios.* Parece así que recibió noticias de varios indios de que existía tal país, situado próximo al río Marañón (el Marañón descubierto por Vicente Yáñez, se dice en otro informe del cronista, luego es el Amazonas). Benalcázar pensó que esto facilitaría la comercialización del producto, pues podría extraerlo hacia la costa atlántica por el río y llevarlo de allí a España. Dicho país de la canela suponía que estaba al oriente de Quito y en territorio de la jurisdicción de Popayán, donde pensó buscarlo.

Lamentablemente, Benalcázar tardó mucho en partir a la jornada de la canela y se anticipó Gonzalo Pizarro, hermano del descubridor y conquistador del Perú. Fernández de Oviedo escribió: *Pues como el marqués don Francisco Pizarro supo que Benalcázar se había partido de Quito sin su licencia, envió allá al capitán Gonzalo Pizarro, su hermano, y enseñoreóse de aquella cibdad de Sanct Francisco e de parte de aquella provincia, e desde allí determinó de ir a buscar la canela e a un grand príncipe que llaman El Dorado, de la riqueza del cual hay mucha fama en aquellas partes.* Tenemos así enlazados el país de la canela y el mítico Dorado, como objetivo perseguido por Gonzalo Pizarro. No se trata, al parecer, de un error del cronista Fernández de Oviedo, pues Cieza de León, soldado que fue de la conquista de Popayán y otra fuente informativa, anotó también en su crónica que Gonzalo Pizarro *codició descubrir el valle del Dorado, que era la mesma noticia que habían llevado el capitán Pedro de Añasco y Belalcázar, y lo que dicen de la canela.*

Tampoco fue Gonzalo Pizarro el único que confundió El Dorado y el país de la Canela. El propio Benalcázar, en su carta al rey de 20 de septiembre de 1542, le escribió: *He acordado con mi propia persona, aunque pobre y gastado, y más empeñado, hacer esta jornada que se llama del Dorado y la Canela, de que tantos años ha tengo noticia.* Ahora comprenderemos mejor la complejidad del mito de El Dorado, que trajo de cabeza a tantos conquistadores.

En cuanto a la expedición de Gonzalo Pizarro al país de la Canela no vamos a ocuparnos de ella. Es bien conocida, pues de ella resultó el descubrimiento del río Amazonas por Orellana. Por lo que aquí nos interesa, baste decir que Pizarro llegó, efectivamente, hasta dicho país y encontró la codiciada especie, pero poca y de mala calidad, en decir de Fernández de Oviedo: *e hallaron árboles de canela; pero fue poca y en árboles muy lejos unos de otros, y en tierra áspera y deshabitada, de forma que la calor de esta canela se enfrió, e perdieron esperanzas de la hallar en cantidad.*

El fantasma dorado

Muchas veces se ha dicho que los mitos fueron un mecanismo de defensa inventados por los indios para desplazar a los españo-

Figurilla votiva quimbaya (Museo de América, Madrid)

Figurilla en oro perteneciente al llamado tesoro de los quimbayas (Museo de América, Madrid)

Escultura de San Agustín (Colombia)

les hacia otros lugares lejanos, y es indudable que en numerosos casos tuvieron esta función, pero en este lío del mito de El Dorado parece más bien que las informaciones de los indios fueron buenas, y lo que ocurrió es que los españoles no las entendieron o no supieron ajustar la realidad al mito que perseguían. El Dorado tuvo una ubicación concreta, que fue la confederación mwiska, de Bogotá, con Guatavita como uno de sus centros neurálgicos. Desde allí su forma fue extendiéndose a Quito y a los Llanos. Su poder de atracción fue tan increíble que logró el milagro de que tres expediciones españolas salidas de lugares tan distantes como Coro (Venezuela), Santa Marta (costa atlántica colombiana) y Quito (Ecuador) se encontraran en plena sabana de Bogotá, a muy poca distancia de Guatavita. Es demasiada casualidad, y la historia raramente es casual.

En cuanto a la identificación de el país de la Canela con El Dorado, obedece, obviamente, a un sincretismo motivado por la idea de riqueza. La canela era símbolo de riqueza, junto con todas las especies, y venía de Oriente a través de infinitos intermediarios, todos los cuales sacaban buenos dividendos de la transacción (se dice que daba un 300 por 100). No olvidemos que las especies movilizaron los descubrimientos portugueses y españoles. En la mentalidad española de la primera mitad del siglo XVI no podía concebirse que un territorio con canela fuese pobre, como tampoco podía imaginarse que otro donde un cacique se recubría el cuerpo de polvo de oro careciese de minas de tal metal.

El problema fue que los españoles alcanzaron todos los objetivos geográficos donde se situaban las riquezas, sin encontrar lo que su imaginación suponía que tenían que hallar. Se llegó a la sabana de Bogotá y no apareció El Dorado, ya que no había minas de oro. Se supuso entonces que se había errado, y se volvió a los indicadores anteriores, que señalaban los llanos o el país de la Canela. Cuando se llegó a este último y los llanos fueron cruzados en todas direcciones, se supuso que El Dorado estaba en el Amazonas, y cuando también se recorrió tal río, se ubicó en algún lugar de aquella laguna donde habían dicho a Ordás que nacía el río Orinoco. El Dorado fue, así, un verdadero mito que empeñó a los españoles en perseguir un fantasma en toda la zona septentrional de Sudamérica, una de las zonas más duras del continente que, de no ser por él, no se habría descubierto, posiblemente, hasta bien entrado el siglo XIX.

Los peregrinos de El Dorado

Fueron infinitos, principalmente en el Siglo de Oro, los descubrimientos y las conquistas americanas. Al despuntar el XVII, quedaron apenas dos grandes doradistas, aunque de gran categoría, como fueron los caballeros Berrío y Raleigh. Luego dejó de tentar a los hombres, pese a que El Dorado siguió apareciendo en los mapas con una ubicación geográfica concreta, aunque móvil. Finalmente, resucitó en el Siglo de las Luces y en la cabeza del mejor gobernador que tuvo la Guayana, que fue don Manuel Centurión, quien mandó buscarlo. Después, desapareció sin dejar rastro.

Para sistematizar el estudio de los muchos peregrinos doradistas que en el mundo han sido, podemos partir de los poblamientos iniciales del Orinoco, Coro, Santa Marta y Quito, desde donde se intentó su abordaje, pasar luego a las posteriores penetraciones realizadas desde Bogotá y Coro por Hernán Pérez de Quesada y Hutten, y concluir con el gran Jiménez de Quesada, que buscó el mito hasta su muerte. El le contagió su fiebre a su heredero, don Antonio de Berrío, y éste a Raleigh, que puso fin a la época.

Los marañones, tras el mito del Meta

La obsesión ordasiana de llegar al Meta se contagió al gobernador de Trinidad, don Antonio Sedeño. Destruida la fortaleza que fundó en la desembocadura del Orinoco, y tras un intento frustrado de colonización en Trinidad, decidió probar fortuna con la jornada del Meta, y por la vía que Ordás había proyectado: desde la costa de Paria. Siguiendo las indicaciones de una india que conoció en Puerto Rico, entró con su gente, como nos refiere el cronista fray Pedro de Aguado, *se metió la tierra adentro, obra de sesenta leguas, comenzando ya a proseguir su derrota en demanda de los nacimientos de Meta, que era la noticia que en Puerto Rico le había dado la india esclava...* Tras muchos incidentes, ocurrió que *después de haber caminado con su campo y gente algunos días en demanda de su noticia de Meta, permitió Dios que muriese hinchado de ciertas hierbas ponzoñosas que una es-*

clava suya le había dado. Murió en el llamado Valle de los Tiznados, y su hueste quedó bajo el mando del capitán Reynoso y del Maese de campo Losada, quienes continuaron la jornada. Cruzaron los llanos hasta encontrar el rastro de la hueste de Nicolás de Federmann, pero se apartaron del mismo, volviendo a deambular por los llanos. Cansados, finalmente, de no hallar más que penalidades, se dividieron en dos grupos. Uno, con Reinoso, fue a parar a Barquisimeto, y el otro, con Losada, regresó a Maracapana.

El antiguo tesorero de Ordás, Gerónimo de Ortal (o Dortal) capituló la gobernación de Paria en 1533 con la misma idea de encontrar el Meta fabuloso. Se asoció con Antonio de Herrera, antiguo lugarteniente de Ordás, y juntos planearon la jornada. Herrera saldría en vanguardia hasta alcanzar el pueblo de Urapari, donde esperaría la llegada de Dortal con refuerzos. Herrera cumplió sólo la primera parte de lo pactado, pues una vez en Urapari decidió seguir adelante para encontrar el oro del Meta. Descubrió el río de este nombre, el verdadero Meta, y continuó a los llanos, donde murió a causa de un combate con los naturales. Sus hombres deliberaron entonces sobre qué hacer, y decidieron volver a la costa.

En cuanto a Dortal, tuvo un sinfín de problemas, que no son del caso relatar aquí y, al final, se dirigió al Meta con 150 hombres. Alcanzó el sitio donde había muerto Herrera, pero ni rastro de la riqueza. Las muchas penalidades originaron un motín de la hueste, que depuso al gobernador y le mandó regresar a Paria. El resto de los hombres, bajo el mando de los capitanes Alderete y Nieto, vagaron por los llanos hasta alcanzar El Tocuyo, donde se toparon con soldados de Coro, bajo el mando del capitán Martínez. Este sospechó que eran gente alzada, ya que no se explicaba que hubieran llegado hasta allí desde Paria, y los remitió a Coro, donde fueron recibidos por Federmann, que se disponía a realizar su nueva salida a los llanos. Muchos de los hombres de Dortal figuraron luego en la hueste de Federmann, quien buscó el mito del Meta y llegó al Nuevo Reino de Granada.

Los alemanes, tras el espejismo del Meta

No era privativo de los españoles esto de buscar mitos, pues los alemanes de Venezuela pecaron de lo mismo y con alevosía. Ambrosio Alfinger, el primer gobernador alemán, hizo dos expediciones, una a la culata de Maracaibo y otra hasta el río Magdalena, cruzando por Valledupar. Su lugarteniente, Federmann, penetró en los llanos en 1530, donde creyó descubrir la Mar del Sur (el océano Pacífico).

Jorge Hohermuth, natural de Spira, o Jorge Espira para los españoles, sucedió a Alfinger y organizó una expedición para alcanzar el fabuloso Meta. Entró hasta el Acarigua y el Apure y luego cruzó los llanos hasta llegar al Casanare, donde los indios guaipíes le informaron del mito del Meta. Fernández de Oviedo, que tuvo en sus manos el informe que Spira presentó en la Audiencia de Santo Domingo, escribe acerca de esto: *Llegados a esta nación y teniendo noticia que desta parte de las sierras estaba el nascimiento de Meta e que allí había mucha riqueza, y que Meta es la demanda en que anduvieron los otros gobernadores Diego de Ordás, Hierónimo Dortal y Antonio Sedeño, e aún tras ella se perdieron..., determinó el gobernador de llegar al nascimiento de Meta y ver que cosa es esta Meta que tanta fama ha andado en estas partes.*

Los guaipíes indicaron a los españoles que la riqueza estaba en el oriente, y hacia allí enderezó Spira sus pasos, dando en los contrafuertes de la cordillera andina (si la hubiera trasmontado habría llegado al territorio mwiska). No halló ningún paso y siguió hacia el sur, realizando una marcha inverosímil hasta la misma cuenca amazónica, que recorrió hasta el río Yarí, desde donde regresó a Coro. Volvió en mayo de 1538 (tres años después de haber partido de allí) y con sólo 150 hombres de los 490 con que había salido.

A finales de 1537 partió de Coro Nicolás de Federmann, dispuesto a alcanzar el mítico Meta. Algunos de sus hombres pertenecían a la hueste de Alderete y Nieto, que habían vagabundeado por los llanos tras la muerte de Dortal. Fue al Tocuyo y penetró luego en los llanos, aproximándose a la cordillera, donde encontró el rastro de Spira. No quiso seguirlo, bien por no dar explicaciones a su jefe o por tener mejores posibilidades de alimentos. Prosiguió hasta el río Meta, que no pudo vadear, y volvió a la cordillera, entrando en territorio de los indios guahivo. Desde Aracheta (donde luego se fundaría la población de San Juan de los Llanos) continuó al Alto Guaviare (ac-

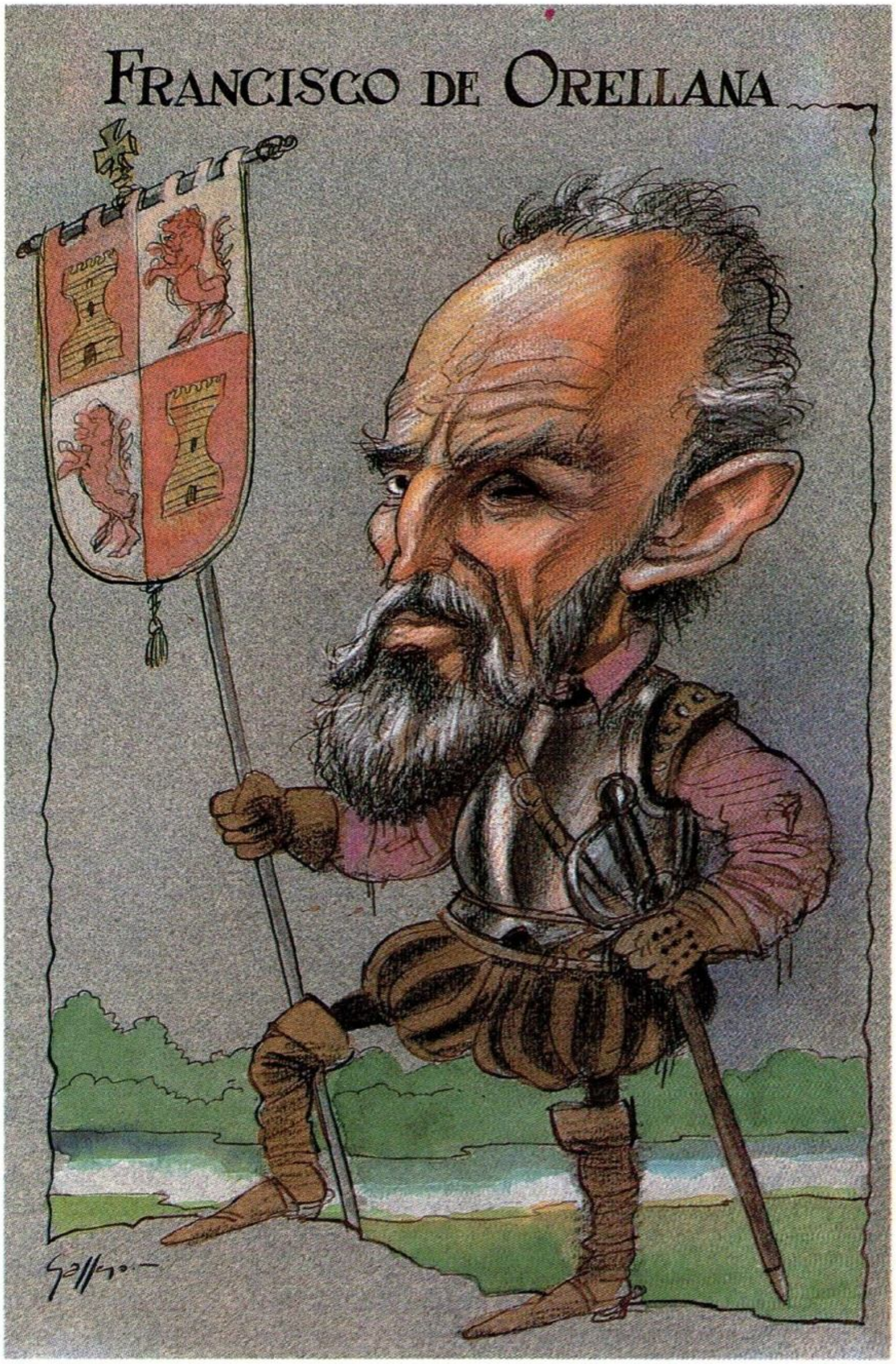
tualmente el río Ariare) hallando algunos objetos de oro. Al preguntar por su procedencia se le dijo que venían de la otra banda de la cordillera. Federmann siguió la ruta que le indicaron y ascendió a la montaña por el páramo de Sumapaz, de donde bajó al valle de Fosca. Allí encontró el país del Meta, el territorio mwiska, pero también encontró a los españoles acampados en él bajo las órdenes del licenciado don Gonzalo Jiménez de Quesada, que se había anticipado.

Santa Marta fue otra de las retortas donde se fabricaron mitos y creencias descabelladas. Inauguró la serie el gobernador interino Rodrigo Alvarez Palomino, el año 1528, cuando pretendió penetrar por el río Magdalena para alcanzar las espaldas del Perú (donde todos suponían que estaban las minas de oro) antes que Francisco Pizarro. No encontró sino la muerte, al cruzar el río que aún lleva su nombre. Le sucedió en el gobierno samario, y como titular, García de Lerma, quien concibió un disparate aún mayor, como fue que subiendo el río Magdalena 150 leguas se atravesaba el ecuador terrestre y se alcanzaban las espaldas del Perú (donde, por supuesto, estaban las minas), pero siguiendo más adelante dicho río se desviaba hacia el oriente, llegando hasta la tierra más rica descubierta hasta entonces, que era la del Río de la Plata, donde Caboto y García de Moguer habían ubicado otro mito, el de la Sierra de la Plata, reflejo de la riqueza del Perú. García de Lerma falleció haciendo preparativos para su gran expedición y el gobierno pasó entonces a don Pedro Fernández de Lugo (1534). Desembarcó en Santa Marta en 1536, y preparó la jornada a las cabeceras del río Magdalena, que puso en manos de su lugarteniente don Gonzalo Jiménez de Quesada. Para entonces sabían ya los españoles lo que era el Perú y los esfuerzos de los marañones y venezolanos por encontrar el mito del Meta, motivo por el cual este último figuró como su objetivo.

Jiménez de Quesada partió hacia el río Grande de la Magdalena el 5 de abril de 1536. En su *Epítome de la conquista del Nuevo Reino de Granada,* que escribió luego, puntualizó claramente que en las cabe-

ceras de dicho río era donde samarios, cartageneros y venezolanos situaban la provincia de Meta: *Una provincia poderosa y rica que se llama ·Metha, que por la derrota que los indios mostraban, venía ahora hacia el nacimiento de dicho Río Grande.*

Quesada subió el Magdalena hasta donde pudo y encontró unos panes de sal, cuya pista le condujo hasta el mismo territorio mwiska, que descubrió y conquistó. Encontró las minas de sal y halló bastante oro, pero ni rastro de las minas de este metal. Convencido de que aquello no era el mítico país del Metha, siguió buscando. Primero, enviando al capitán San Martín a los llanos, donde siempre se había ubicado el mito. La expedición fue un fracaso. Luego, fue personalmente hacia otros llanos que le indicaron los indios, y que fueron los de Neiva, donde tampoco apareció. Todavía alcanzó a enviar a su hermano Gonzalo a una misteriosa expedición hacia un país que llamaban la Provincia de las Amazonas, y que resultó otro nuevo descalabro. Quesada se dedicó entonces a completar su conquista, que concluyó el 6 de agosto de 1538 con la fundación de Santa Fe de Bogotá.



Jiménez se disponía a marchar a España para informar de su descubrimiento y conquista, cuando en marzo de 1539 supo que una hueste castellana venía avanzando desde el oriente hasta el territorio donde estaba. Se trataba de soldados de Coro, mandados por Federmann, que venían buscando el país del Meta. El licenciado mandó emisarios al capitán Federmann para establecer unas negociaciones amistosas. En plenas conversaciones sobre el diferendo le llegaron a Quesada noticias de que otra hueste castellana venía avanzando por el río Magdalena. Se trataba de la hueste de Benalcázar, que andaba buscando el país de El Dorado. Negoció también con el *perulero,* convencido ya de que el mítico país del Meta y El Dorado no eran otra cosa que la tierra que tenían bajo sus pies y que, como escribió, *tan levantados traían los pies a todos los de la mar del Norte por aquella costa, segun despues ha parecido, era una mesma cosa que era este Nuevo Reino de Granada.*

¿Estaba totalmente convencido Quesada?

Sabemos que no. Hasta el fin de sus días anduvo buscando el mítico Meta por los llanos, como luego tendremos ocasión de comprobar.

Los quiteños

Los quiteños fueron los doradistas por antonomasia. Ya dijimos que Benalcázar escuchó la leyenda sobre el indio dorado durante la conquista de Quito, y decidió encontrar aquel fabuloso país sirviéndose del guía Muequetá. En avanzadilla envió al capitán Añasco, reforzado luego con Ampudia y otros 80 soldados. Esta vanguardia alcanzó el territorio quillacinga y el nudo de Pasto, donde se abrían los tres ramales de la cordillera andina, que más adelante se distancian por las cuencas profundas de los ríos Magdalena y Cauca. Los españoles no pudieron encontrar el paso por los páramos hacia la cordillera oriental, donde estaba el país del indio Dorado, y anduvieron perdidos varios días, derivando hacia occidente. Esto alarmó al indio Muequetá, como nos dice Castellanos, pues su país caía hacia el oriente, hacia la derecha, y no hacia el occidente, hacia la izquierda (recuérdese que venían del sur e iban al norte):

> *a todos pareció que convenía*
> *ir declinando hacia la siniestra*
> *mano; mas aquel bárbaro* (el indio) *porfía*
> *que su Dorado dejan a la diestra.*

Los españoles llegaron al valle de Sibundoy, donde hallaron alimentos en abundancia. Desde aquí enviaron varias patrullas de exploración, y una de ellas encontró el valle de Patía, entre las cordilleras Occidental y Central, que marcó ya el destino de la hueste hacia Popayán.

Benalcázar marchó tras la pista de sus capitanes y llegó también a Popayán. Volvió luego a Quito, aprestó otra fuerza, y regresó a Popayán, desde donde decidió dirigirse hacia el oriente, hacia la diestra que decía el indio *forastero,* quien, por cierto, había muerto ya. Subió la Cordillera Central con mucha dificultad y arribó al valle del Magdalena, que siguió hasta Neiva, donde vio huellas de pisadas de caballos, signo inequívoco de la presencia española.

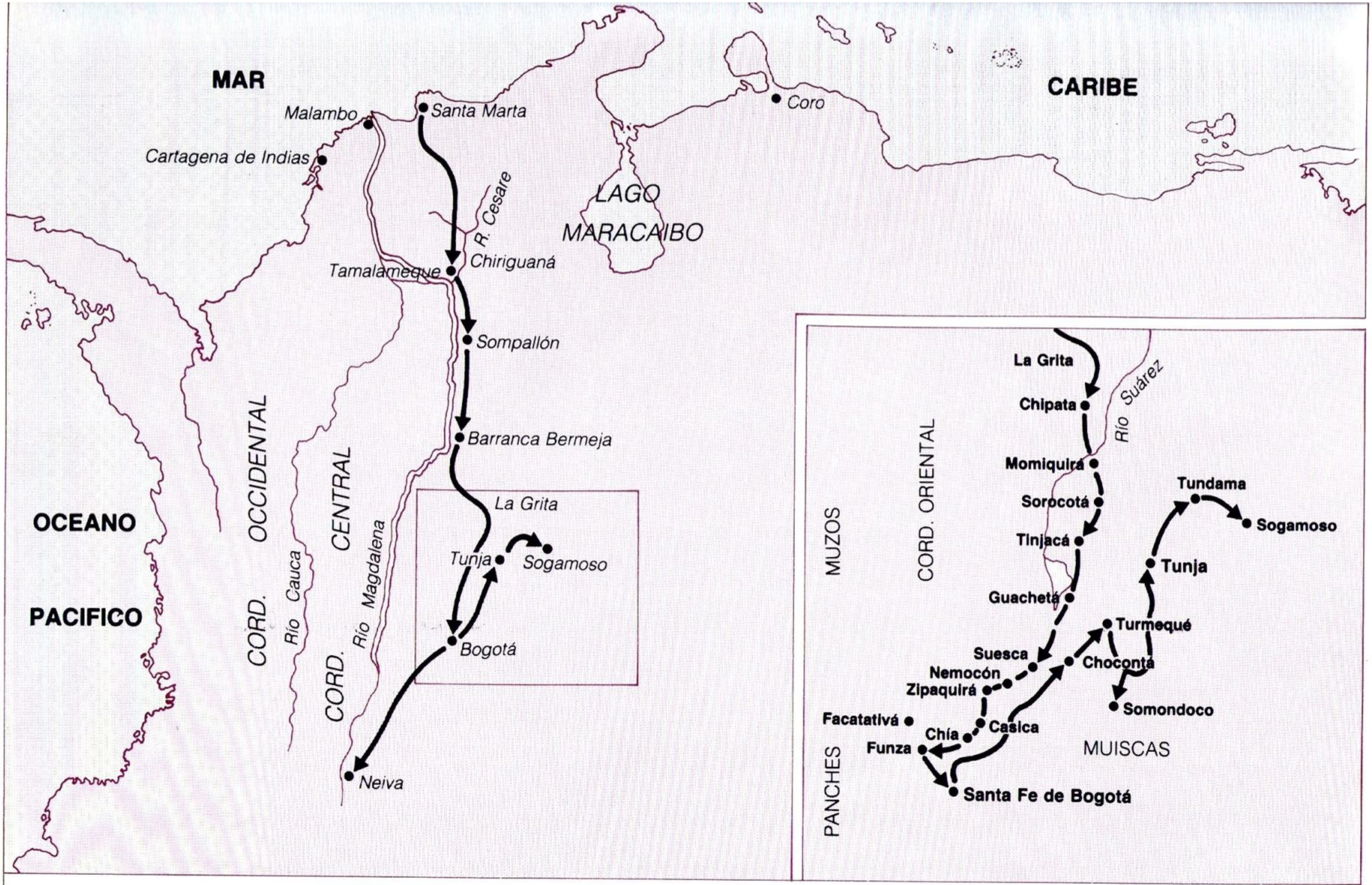
Los emisarios de Jiménez de Quesada no tardaron mucho en entrar en contacto con él. Hernán Pérez de Quesada, hermano del conquistador, le informó de lo descubierto y ganado por los samarios. Benalcázar enfiló entonces hacia el territorio mwiska y llegó a la sabana, pidiendo paso franco.

En marzo de 1539, se produjo el encuentro de los tres conquistadores venidos de Coro, Santa Marta y Quito tras el mismo espejismo. La negociación fue difícil, y lo que pasó luego no atañe ahora a nuestra historia. Baste decir que los tres regresaron a España para dirimir sus diferencias, y que de allí vinieron luego Jiménez de Quesada, con el nombramiento de mariscal del Nuevo Reino de Granada, y Sebastián de Benalcázar, con el de gobernador de Popayán.

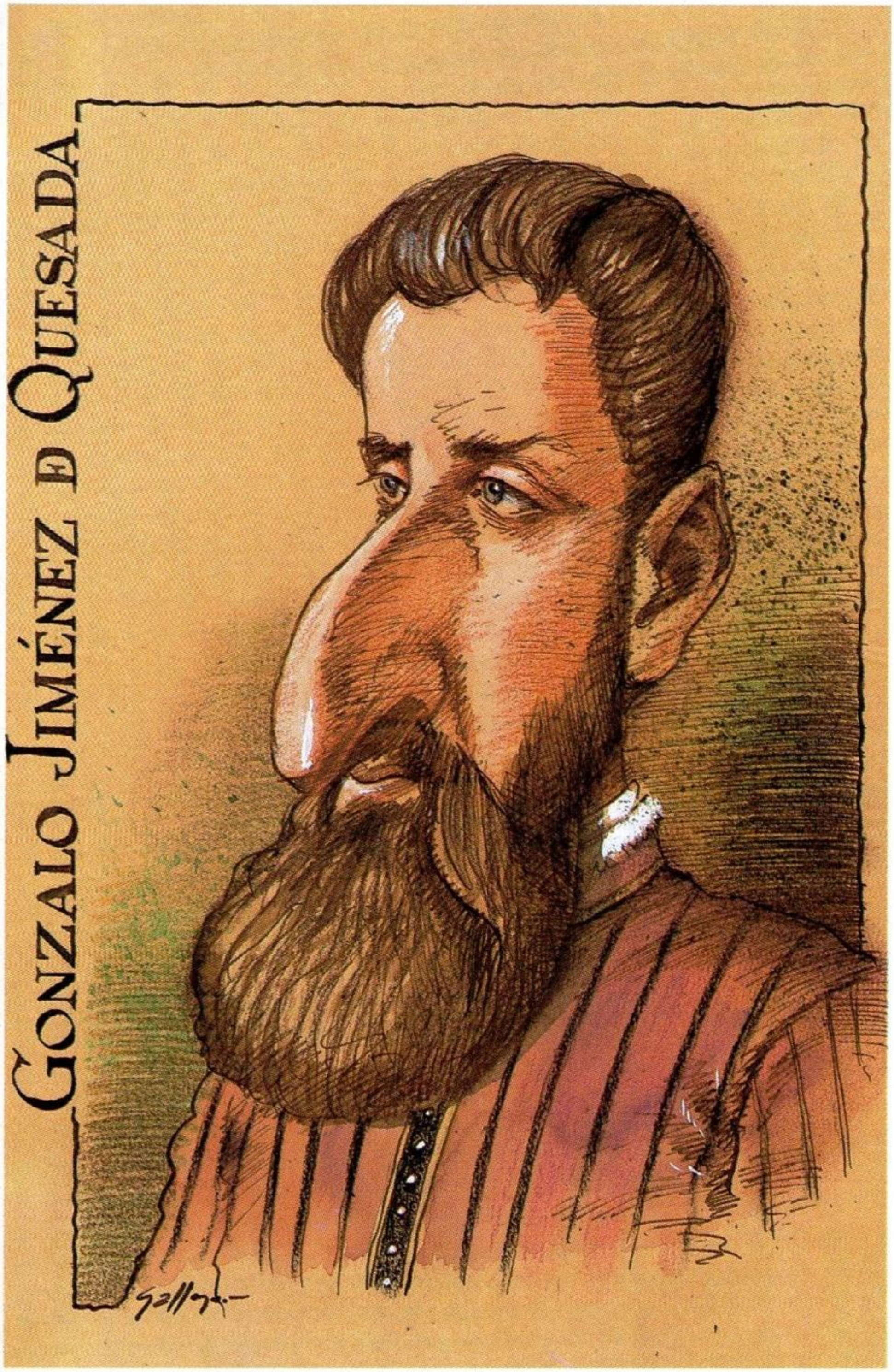
La romería a los llanos y a la Amazonia

El descubrimiento y conquista del país de los mwiska no terminó con el mito. Muy por el contrario, lo incentivó. Cuando los españoles vieron que allí no había ninguna mina de oro y que la propia Guatavita no era más que un poblacho insignificante de naturales, concluyeron que El Dorado estaba, naturalmente, donde antes lo habían buscado, en los llanos, lindando con la Amazonia. Hacia allí se dirigieron en verdadera romería numerosas expediciones de impenitentes peregrinos de la fantasía.

El primero de la nueva oleada fue Hernán Pérez de Quesada, hermano de don Gonzalo. Dejó el gobierno de Santa Fe en manos del capitán Suárez Rendón, y partió el 1 de septiembre de 1541 al frente de 280 soldados y cerca de 10.000 indios mwiska. Su rumbo, según nos dice Aguado, era a los llanos *deshaciendo el itinerario de Federmann, de Nuestra Señora al Nuevo Reino.* Cruzó la cordillera por los páramos de Pasca y bajó hasta el mismo río Guaviare, donde encontró las huellas de la expedición de Spira, que siguió hasta el río Papamene. Las penalidades fueron infinitas, pues la tierra estaba inundada, pero siguieron adelante. Penetraron en la Amazonía y dieron con la nación de los indios choques (de lengua karib), que nadaba en la riqueza, según los informes de la gente de Spira. No había nada de lo que buscaban y prosiguieron hacia la montaña. En el río Bagre encontraron la canela que había traído de cabeza a Gonzalo Pizarro. Continuaron hasta el río de la Fragua y dieron en un pueblo que llamaron Valladolid, en tierra de An-



ITINERARIO DE LA EXPEDICION DE GONZALO JIMENEZ DE QUESADA (1536-1538)



daki, probablemente. Descubrieron el valle de Sibundoy, en la actual comisaría colombiana del Putumayo, y desde aquí fueron a Pasto, Popayán, Cali y, finalmente, el Nuevo Reino, a donde entraron en 1543.

El mismo año 1541 salió de Coro otra expedición tras el mítico Meta, que dirigía el capitán Felipe Hutten. Siguió el rastro de Spira y llegó hasta Nuestra Señora, donde halló las huellas de la expedición de Hernán Pérez de Quesada, quien había pasado hacía poco. Tras invernar en dicho lugar, prosiguieron hasta el río Papamene, donde un indio le aconsejó volverse a su tierra para no pasar las mismas penalidades sufridas por los españoles que pasaron antes (los de Hernán Pérez de Quesada). Hutten no hizo caso y prosiguió su marcha, si bien abandonó el rastro de los neogranadinos enrumbando hacia el este. En Punta de los Pardaos tuvo que volver a invernar.

Volvió luego a Nuestra Señora, por otra ruta, un año después de haber partido de ella y con los mismos bríos de antes de salir a descubrir el paraíso del oro. Tuvo entonces noticia de un rico territorio llamado Omagua, a donde se dirigió de inmediato. En el Guaviare, los indios, esta vez de Macatoa, le confirmaron que en Omagua había mucho oro y plata, que los indios usaban vestidos como los españoles y que, además, tenían unos animales para el transporte, que los castellanos dedujeron eran los mismos *carneros del Perú* o llamas. En sólo cinco días cubrieron la distancia que les separaba del primer pueblo Omagua, que vieron al fin. He aquí lo que vieron y escucharon, en palabras del cronista Lucas Fernández de Piedrahita:

Tenían las calles derechas, las casas muy juntas y sobresalía entre todas una, que estaba en medio, de tan elevada y anchurosa fábrica que preguntaron al cacique guía qué casa señalada era aquella, a que respondió ser la del cacique Curiaca, señor de aquella ciudad, que le servía de morada y templo para muchos ídolos que tenía de oro macizo de la estatura de niños de a cincuenta lunas, entre los cuales estaba el de una diosa de estatura de una mujer perfecta, y otras grandes riquezas suyas y de sus vasallos, que allí se depositaban. Y más adelante (dijo) hay otros pueblos y caciques principales que exceden a éste

incomparablemente en vasallos, riquezas y ganados, y a este paso se van acrecentando hasta los fines de aquellos dilatados reinos.

Asombrados, los españoles decidieron entrar de inmediato en aquel maravilloso poblado. Hutten iba delante, espoleando el caballo para llegar el primero. Se le cruzó un indio que le tiró una lanza y le hirió gravemente en el pecho. Cundió el desconcierto y los soldados se retiraron para cuidar a su jefe. Luego vino una ofensiva de los indígenas y los soldados se retiraron. Primero a Macatoa, luego a Nuestra Señora y, finalmente, a Coro, donde pasaron muchas cosas, entre ellas el ajusticiamiento, o el asesinato, según se vea, de Hutten por el gobernador intruso Carvajal. Este último intentó entonces movilizar una hueste para ir al maravilloso reino de los Omagua, pero los soldados de Venezuela estaban hartos de perseguir dorados fantasmas y exigieron a Carvajal que les poblara. Así nació el Tocuyo, primera población importante de la colonización en Venezuela, que barrió las fantasías de las mentes y las sustituyó por la realidad de la agricultura y la ganadería, únicas y verdaderas fuentes de riqueza de los hombres de bien.

La fama de Omagua voló por la Amazonía y la sierra, y llegó a Lima, donde el virrey, Luis Hurtado de Mendoza, decidió enviar una expedición a buscar dicha provincia, y con un doble objetivo: librar al Perú de aventureros, que los había en demasía, y tentar a la fortuna. Nombró a don Pedro de Ursúa gobernador de los Omaguas y de El Dorado, y le envió a la Amazonía bien pertrechado de gente; toda la que le sobraba. Escogió bien al capitán, pues Ursúa era otro inveterado doradista que ya había buscado un quimérico río de oro en la Sierra Nevada.

Ursúa salió del Perú con unos 300 hombres en 1559, para descanso de las autoridades españolas, que no las tenían todas consigo pues, como señaló Aguado, *quedaron con alguna sospecha de que algunos belicosos y facinerosos soldados que consigo llevaba, no le induciesen y persuadiesen a que se alzase contra el servicio de Su Majestad..., y volviese sobre el Pirú.*

Ursúa siguió a Topesana, Caperuzos, isla de García..., río Napo y, finalmente, Amazo-

nas. Al llegar a Machifaro, en la noche del 1 de enero de 1551, fue asesinado por varios de sus hombres, mientras descansaba en una hamaca. *Y hecho esto* —escribe Aguado— *saliéronse fuera del bohío todos, alzó la voz uno de ellos, y dijo: libertad, libertad, viva el rey: muerto es el tirano.* La jornada de El Dorado había creado un verdadero tirano, llamado Lope de Aguirre, *Aguirre el loco* o *el rebelde.* Su historia no nos corresponde aquí.

Otro visionario doradista fue el hermano de Santa Teresa de Jesús, don Agustín de Ahumada, vecino de Quito, quien escribió al Rey en 1582 explicándole que estaba intentando obtener permiso de la Audiencia para penetrar con 100 hombres en demanda de *la más rica gente y oro que se ha visto, que según lo que de ella cuentan y señas que dan, se cree sin duda debe ser El Dorado.* No hay constancia de que lograse su propósito.

Pero los más empedernidos doradistas fueron, sin duda, Benalcázar y Jiménez de Quesada, que persiguieron el mito hasta que les llegó la hora de morirse. El primero estaba convencido de que la población de Guacacallo (Timaná), que había fundado, era la vía de penetración hacia El Dorado, ubicado, según suponía, hacia el oriente de dicha villa. Varias veces organizó tropas para ir a su jornada, pero las circunstancias lo impidieron. En cuanto a Quesada, solicitó a la Audiencia de Santa Fe la jornada de El Dorado a los cincuenta y cuatro años. Su petición reza: *se me dé la jornada que llaman de El Dorado que es en los llanos, pasada la cordillera de las sierras de este Reino, hacia levante.* La Audiencia se la autorizó a los nueve años más tarde (1569) y el enloquecido Mariscal se montó en su caballo, cumplidos ya los sesenta y cuatro, y ordenó la partida hacia El Dorado a una hueste de 300 soldados y 1.500 indios. Bajó al Airari y se metió luego en los llanos, donde encontró los indios cuivas, piapocos, sálivas y guahivos. Eran ya los hijos de los que vieron desfilar a Alderetes, Federmanes, Spiras y otros. Los llanos habían cambiado poco, y menos aún el licenciado, que seguía con su quimera de hacía..., ¡treinta y cuatro años! Anduvo perdido dos años y medio, viendo morir y desertar a sus hombres, y regresó, al fin, a mediados de 1572 con los 25 soldados que le quedaban. Lo increíble es que Jiménez de Quesada regresó convencido de que el desastre se debió a haber equivocado el camino de entrada y que, por consiguiente, tenía que buscar otro mejor para intentar nuevamente la jornada. Dos años después, el 6 de mayo de 1574, escribía al Rey comunicándole que *quería volver por otra parte a la misma gobernación* (de El Dorado) *a acabar de descubrirla toda y poblarla, pues no se había topado la tierra por la otra banda donde anduve para hacerlo.* En 1579 —tenía ya setenta y tres años y un pie en la sepultura— volvió a la carga con la jornada de El Dorado. Como se sentía ya algo mayor para tales trotes se la cometió al capitán Alonso de Olalla, a quien le dio un plazo de un año para salir a la expedición y cinco años para conquistar y poblar la provincia de El Dorado. Don Gonzalo se murió a poco, llevándose al otro mundo la amargura de no haber encontrado lo que siempre buscó.

Otros peregrinos del mito fueron Pedro Malaver de Silva y Diego Fernández de Serpa, que deambularon por los llanos después de haber capitulado las gobernaciones de Nueva Extremadura y Nueva Andalucía, en 1568, pasando también fatigas y penalidades con los hombres que les siguieron.

La ciudad de Manoa y la laguna de Parime

Don Gonzalo Jiménez de Quesada no sólo entregó su alma a perseguir el mítico dorado, sino que además cometió el pecado de transmitirle la obsesión a su heredero. Afortunadamente, se fue de este mundo sin dejar ningún hijo. De haberlo tenido habría sido otro vagabundo de los llanos. Pero a quien Dios no le da hijos, el diablo le da sobrinos. Y esto fue lo que pasó. En este caso, sobrina. Tal fue doña María de Oruño, hija de Andrea, hermana de don Gonzalo. Estaba doña María casada con don Antonio de Berrío, sobre quien recayó la herencia del conquistador de la gobernación de El Dorado (territorios del Pauto y Papamene) con toda su consiguiente maldición.

Era don Antonio de Berrío un afamado soldado de la época, con servicios en Italia, Alemania y Flandes, además de capitán de la guerra de la Alpujarra. La persona apropiada, por ello, para encontrar El Dorado que Quesada había buscado infructuosamente. Levantó su casa y familia y se trasladó al Nuevo Reino de Granada hacia 1580.

Enfrentamiento entre españoles e indios americanos (grabado del siglo XVI)

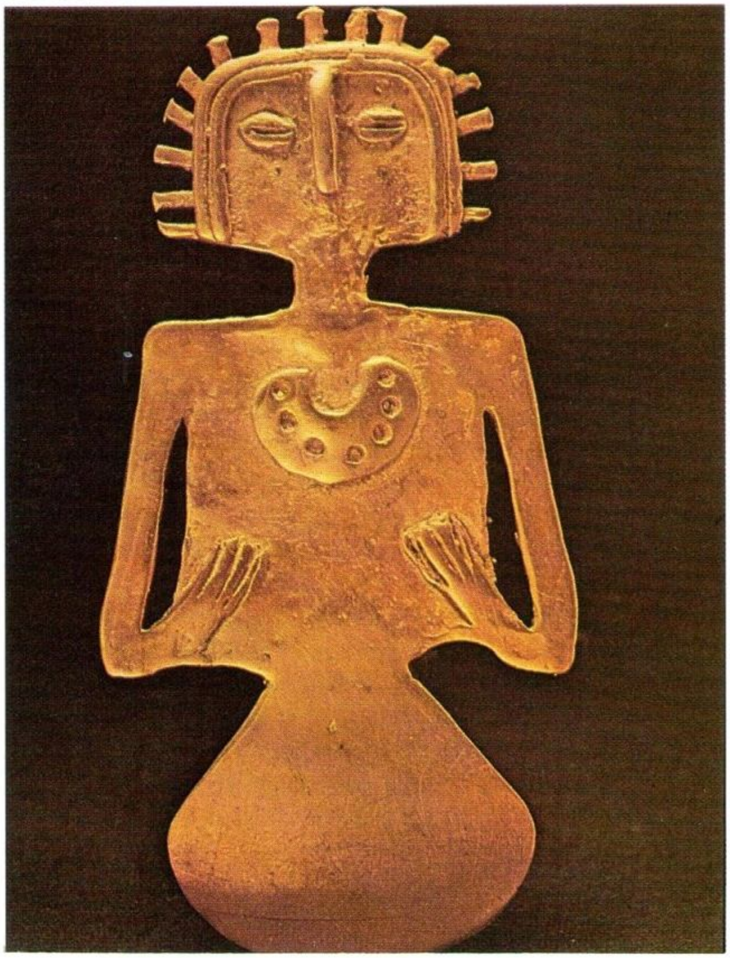
Se posesionó de bienes y encomiendas y en 1584 llegó a Chita, una encomienda de Quesada desde la que siempre perfiló la posibilidad de alcanzar El Dorado. Chita distaba 55 leguas de Tunja y 75 de Santa Fe, y estaba relativamente cerca de la cabecera del río Pauto y a unas 50 leguas de las cabeceras del río Casanare, ambos afluentes del río Meta. Debía seguir así el proyecto de Quesada.

Desde Chita, y hacia 1584, efectuó Berrío su primera entrada a El Dorado. Bajó posiblemente por el Casanare hasta el Meta donde acampó en un lugar que denominó Nuestra Señora de la Candelaria. Allí escribió a la audiencia pidiendo refuerzos y con noticias alentadoras sobre la región. No fue reforzado y regresó después de haber invertido 17.000 pesos en aquella aventura.

La segunda entrada la hizo en 1587 y con 250 hombres. Llegó a la alta orinoquia y deambuló por lo llanos durante dos años y medio. Esta vez obtuvo noticias seguras de que las ricas regiones de El Dorado comenzaban desde la laguna de Manoa, que figuró ya como su próximo objetivo. El cronista Simón nos dice *movió los ánimos dichos, las valientes noticias de la gran laguna Manoa en la cual, según algunos dicen, entraba a sacrificar aquel gran cacique todo planchado de oro, por donde vino a nombrarse provincia de El Dorado, aunque yo por mas cierto tengo, si es que le hubo, que fue en la laguna de Guatavita, como dejamos dicho.*

De este segundo viaje sacó además Berrío la conclusión de que su gobernación era la Guayana, en la desembocadura del Orinoco, y no en la zona de los ríos Pauto y Papamene.

La tercera y última salida la realizó en 1590, acompañado de su hijo Fernando. Esta vez llevaba la idea de llegar a las bocas del Orinoco. Por eso, al ver que decaía el ánimo de sus soldados en los llanos, mandó matar los caballos y construir unas embarcaciones para navegar los ríos. Bajó por el Casanare, Meta y Orinoco, y llegó al océano, pasando luego a Trinidad. Berrío fundó San José de Oruña en dicha isla y Santo Tomé en la Guayana, a orillas del Orinoco. Mandó también a España a su lugarteniente Vera para que trajera pobladores a la gobernación de El Dorado, como ya se la conocía en todos sitios. Y los trajo, pero después de que viniera a Trinidad sir Walter Raleigh, atraído por aquella riqueza que todos pregonaban. El corsario inglés arribó a dicha isla en 1595. Apresó a Berrío y le sometió a interrogatorio sobre lo que sabía de El Dorado. Preguntarle esto a don Antonio debió ser como a un pescador si hay pesca en un banco. Berrío se deshizo en detalles. Había una



laguna enorme donde nacía el río Orinoco y un cacique dorado tiraba al agua enormes cantidades de piezas de oro. La laguna se llamaba Parime y a sus orillas había una ciudad toda de oro, que se llamaba Manoa. En sus proximidades estaban las minas de oro.

El corsario inglés se quedó boquiabierto y decidió hacer una descubierta por la desembocadura del Orinoco, donde encontró algunos indios que le contaron mayores fantasías. Convencido al fin de que el asunto merecía la pena y de que no venía preparado para semejante empresa, le dijo a los indios que volvería. Mandó izar velas y continuó navegando hasta Margarita y Cumaná, donde decidió desembarcar a Berrío. Raleigh puso proa a Inglaterra y Berrío hacia la vida eterna, ya que murió en 1597, cuando expiraba el siglo de las aventuras y las fantasías.

Raleigh, el último caballero pirata

Era sir Walter Raleigh el último de los corsarios honorables que produjo Inglaterra. Tan honorable que cometió bellaquería de piratear, y esto le costó la horca. A partir de él, la profesión degradaría enormemente, hasta terminar en bucaneros y filibusteros de poca monta y peores modales. Sir Walter los tenía exquisitos, pues no en vano era favorito de una reina virgen. Llevó su delicadeza hasta el extremo de bautizar a una tierra americana con el atributo de virginidad de su amada reina. Buen cortesano, gran marino, mediano poeta, buen escritor, voraz lector, empedernido fumador, buen «gourmet»... Lo tenía todo. Nada tiene de particular, por consiguiente, que creyera en mitos dorados, como buen caballero que era.

Sir Walter escribió en 1595 su famoso *Discovery...* o *El descubrimiento del vasto, rico y hermoso imperio de la Guayana, con un relato de la poderosa y dorada ciudad de Manoa (que los españoles llaman El Dorado).* Es una obra extraordinaria donde explica su pasada aventura en la Guayana.

Colgante de oro procedente de la cultura tolima (izquierda). *Figura votiva de estilo mwiska* (derecha, *ambas del Museo del Oro, Bogotá)*

¿De quién adquirió Raleigh la idea de la existencia del mito de El Dorado? Nos lo dice en su conocida obra: del propio don Antonio del Berrío, quien a su vez la había obtenido de un capitán llamado Martínez. El capitán Martínez fue miembro de la expedición de Ordás, y por un descuido suyo se incendió un polvorín, motivo por el cual le castigaron a quedar abandonado en una canoa. Fue recogido por unos indios guayaneses y conducido hasta la ciudad dorada de Manoa, donde vivió siete meses. Luego le dejaron partir cargado de regalos de oro, que le quitaron otros indios (salvo dos grandes vasijas). Martínez fue a parar a Puerto Rico, donde contó estas cosas cuando estaba a punto de morir. Raleigh escribe: *Berrío me informó de que este Martynes fue quien bautizó a la ciudad de Manoa con el nombre de El Dorado.* Raleigh apoyó su tesis con las expediciones de todos los doradistas, con las noticias que pudo adquirir durante su estancia en Guayana y con su propio hallazgo de la madre del oro, con todo lo cual esperaba mover el corazón del rey inglés para promover la conquista de la Guayana.

Las cosas fueron mal para Raleigh. Se murió su protectora, la reina, y entró a reinar Jacobo I, que le encerró en la Torre de Londres, en 1603. Allí estuvo durante varios años maquinando su viaje y fumándose unos excelentes tabacos que le preparaba un criado indio al modo americano. Los años pasaron y Jacobo I trastocó su hispanofilia en hispanofobia, después de que le negaran la mano de una princesa española. En 1616, el rey autorizó a Raleigh a marchar en busca de su Manoa y su mina de oro, para terror del embajador español en Londres, que informó inmediatamente a Madrid y protestó ante la corte inglesa. Jacobo I le dio garantías absolutas de que Raleigh no cometería ningún acto de piratería, objeto principal de su preocupación.

Sir Walter se hizo a la mar en 1617 con 14 naves, entre ellas la insignia *The Destinity.* Se dirigió hacia Canarias capturando cuanto buque encontraba a su paso y, finalmente, el 7 de noviembre arribó a América. Raleigh enfiló directamente a Trinidad, donde dispuso el plan de operaciones: sir Lawrence Keymis y su hijo marcharían a Santo Tomé con más de 700 hombres, mientras él, con el resto de los hombres y seis navíos, atacaría San José de Oruña, en la isla. No vamos a narrar aquí los incidentes de la acción. Baste decir que los españoles opusieron resistencia, que los habitantes de Santo Tomé se marcharon a la selva cuando su ciudad fue ocupada y que enviaron una petición de ayuda militar a Bogotá, de la que dependían, y a la persona del capitán general, don Juan de Borja. Los ingleses trataron de encontrar el tesoro de los españoles y la mina de oro de los indios, sin éxito, y al fin decidieron enterrar a su muertos, entre los que estaba el propio hijo de sir Walter, y retirarse. Keymis informó a su jefe de la derrota y se dio luego un pistoletazo, ya que era hombre de honor. En abril de 1618, Raleigh ordenó el regreso. Temía la llegada, y con razón, pues los españoles habían demostrado que había hecho piratería. Nada más desembarcar fue apresado, aunque logró que el rey les diese su hogar por cárcel, ya que se encontraba muy enfermo. Esperó pacientemente hasta que se convenció de que todo era inútil. Intentó entonces la fuga y su buque fue capturado. Nuevamente fue conducido a la Torre de Londres, donde se le retuvo hasta el 29 de octubre de 1618, día en que se le mandó ahorcar.

Los doradistas ilustrados

Durante el resto del siglo XVII y dos tercios del siguiente, el mito de El Dorado quedó como una reliquia curiosa de mapas e historias antiguas. Parecía relegado al olvido mientras la Guayana se poblaba de centros de misión y hatos de ganado. Franciscanos, capuchinos catalanes y jesuitas enviaron sus religiosos a los llanos y repisaron las rutas de los aventureros doradistas con otros objetivos más espirituales. Así llegó la época del gobernador de la Guayana, don Manuel Centurión, quien se empeñó en hacer prosperar el territorio que administraba. Era ya la época de la Ilustración, la de las luces y la de la razón. Entonces resurgió brevemente el último destello de El Dorado para desaparecer ya del todo. Fue su canto del cisne.

En octubre de 1771, el gobernador Centurión recibió un indio llamado Parauacare, de la tribu parucota, que vivía en el río Parime. El indio había ido por regalos y decidió contarle una historia increíble al gobernador, que le escuchó asombrado, pues vino a decirle que en su país estaba el cerro Dorado y que podía llevarle hasta el mismo. Decía el indio —según escribió luego Centurión a don Julián de Arriaga, el 28 de

diciembre de 1771— que *el Dorado es un cerro alto, sin más planta que alguna paja, y que por todas partes en la superficie descubre unos conos o pirámides de oro de una tercia de alto y media de diámetro, y otros pormenores; que, cuando lo hiere el sol con sus rayos, relumbra tanto que no se le puede mirar sin ofender la vista, y que los indios comarcanos lo guardan cuidadosamente con un sigilo inviolable, para ocultarlo a los caribes y demás indios que tienen algún comercio con holandeses y portugueses.* Estaba, además, a unos tres meses de viaje.

Centurión cumplió con su deber. Además de informar a España, organizó dos expediciones para llegar al cerro Dorado, pues en tal se había transformado ahora la laguna, y hasta la ciudad de Manoa. La primera expedición mandada por don Nicolás Martínez terminó mal y pronto, pero la segunda tuvo más ventura. La mandaba el teniente don Vicente Díez de la Fuente, que marchó con 125 hombres hacia una ruta perfectamente proyectada: río Caroní, hasta la boca del Paraná, donde estaba poblada la Nueva Barceloneta. Luego proseguiría por los ríos Paraná, Paranamuxi, Anocapora, Muniquiare y Curaricara, hasta alcanzar Parime.

La fuerza exploradora salió de la angostura del río Orinoco el 19 de marzo de 1773, y de la Barceloneta el 12 de marzo del mismo año. Siguió al Caroní Chico hasta su boca, donde se fundó el pueblo de San José. Desde este último, se destacó una partida con el cadete de infantería don Antonio López y el cabo Isidoro Rondón, que después de muchas incidencia llegó a Parime y al famoso cerro. Los españoles miraron perplejos el cerro que no parecía tener nada de particular. Finalmente, varios de ellos decidieron subir hasta su cima, acompañados de varios indios.

Los expedicionarios bajaron del cerro y emprendieron el camino de regreso, siendo capturados por los portugueses. Un grupo de indios logró evadirse y llegar hasta Guirior, donde estaba don Vicente Díez de la Fuente, a quien contaron toda la odisea. Don Vicente la escuchó y redactó luego un informe a don Manuel Centurión, fechado el 3 de julio de 1776. En el mismo dice que *quien da más relación de esto último* (El cerro de El Dorado) *es una india de las dichas, llamada Rosa, que subió a examinarlo con los que subieron* y añade que, según dicha india, *el expresado cerro, dice*

Sir Walter Raleigh y su hijo en un retrato anónimo fechado en 1602 (Galería de Retratos, Londres)

que lo alto es de sabana, y las faldas de sabana y monte. Esta carta, con las afirmaciones de la india Rosa, fue el certificado de defunción del mito de El Dorado, que pasó a mejor vida a la edad de doscientos cuarenta y dos años. Había nacido, como dijimos, en el reino de Quito, el año de gracia de 1534, y vino a fallecer en el fuerte de Guirior el año ilustrado de 1776. Desde entonces no ha vuelto a enloquecer a los hombres. Descanse en paz.

La leyenda de El Dorado, un cacique que revestía su cuerpo con polvo de oro y se bañaba luego en una laguna, tiene un trasfondo de verosimilitud en las ceremonias rituales de purificación que los indios de la cultura mwiska, de lengua chibcha, realizaban en su lagunas. Dicha leyenda configuró el territorio de las confederaciones de Bogotá y Hunza como muy ricos y fue comunicada a los españoles en dos puntos tan distantes como Quito y el Orinoco medio. En este úl-

timo lugar se elaboró un mito, reflejo de la leyenda que fue el del Meta, un lugar inalcanzable, ya que se encontraba más allá de los llanos, traspuesta la cordillera andina.

Los españoles persiguieron los objetivos donde pudieron originarse tales leyendas y llegaron al país de los mwiska, comprobando que no había grandes cantidades de oro, y mucho menos minas del metal precioso. Surgió entonces el mito en su verdadera dimensión utópica, que fue colocado en los lugares más diversos de la geografía septentrional de Suramérica, principalmente llanos y Amazonía, donde incluso llegó a confundirse con el país de la canela.

Jiménez de Quesada revivió el mito dorado al solicitar una gobernación que tituló precisamente El Dorado, situada entre los ríos Pauto y Papamene, en los llanos orientales neogranadinos. Buscó incansable la riqueza dorada y luego transmitió a su heredero Berrío la quimera. Antonio de Berrío recorrió los llanos y fue orillando el mito hasta sus estribaciones, en la Guayana. Allí recogió algunas informaciones que le permitieron remodelar el mito: era una ciudad dorada llamada Manoa, a orillas de una laguna llamada Parime. Allí se habían refugiado unos incas huyendo de la conquista española del Perú. Raleigh creyó y buscó el mito, siendo el epílogo de los doradistas del siglo XVI, ya entrada la centuria siguiente.

El Dorado se eclipsó luego siglo y medio y volvió a destellar sólo fugazmente, frisando ya el último cuarto del siglo XVIII, en una información dada por un indio al gobernador Centurión. Ya no era laguna ni ciudad dorada, sino un cerro de oro situado al borde de una laguna. La verificación de que se trataba de un cerro vulgar acabó con el mito.

El mito de El Dorado ha sido quizá el mayor experimento realizado para saber lo que el hombre es capaz de realizar en una situación límite, cuando persigue un techo inalcanzable. Su función histórica fue el descubrimiento y conquista de una gran región de Sudamérica en un brevísimo lapso de tiempo. Sin el mito, la Historia no tiene explicación posible, quizá porque la hicieron hombres que creían en tales imposibles.

Recipiente ceremonial de estilo quimbaya realizado por el sistema de fundición a la cera perdida (Museo del Oro, Bogotá)

Bibliografía

Aguado, fray Pedro, *Recopilación Historial*, Biblioteca de la Presidencia de Colombia. Bogotá, 1957, 4 vols. Bayle, Constantino, *El Dorado fantasma*. Madrid, 1930. Castellanos, Juan de, *Elegías de varones ilustres de Indias*, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles. Edit. Atlas, 1944 y Biblioteca de la Presidencia de Colombia. Bogotá, edit. A.B.C., 1955, 4 vols. Cieza de León, Pedro, *La crónica del Perú*. Bogotá. Edic. Ximénez de Quesada, 1971. Fernández de Oviedo, Gonzalo, *Historia general y natural de las Indias*. Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, edit. Atlas, 1959, 5 vols. Fernández de Piedrahita, Lucas, *Noticia historial de las conquistas del Nuevo Reino de Granada*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1973, 2 vols. Friede, Juan, *El Adelantado don Gonzalo Jiménez de Quesada*. Bogotá, Carlosvalencia Editores, 1979. Gandía, Enrique de, *Historia crítica de los mitos y leyendas de la conquista americana*. Buenos Aires, 1946. García, Casiano, *Vida del comendador Diego de Ordaz, descubridor del Orinoco*. México, 1952. González del Campo, María Isabel, *Guayana y el Gobernador Centurión*. Fuentes para la Historia colonial de Venezuela, vol. 170. Caracas, 1984. Herrera, Antonio, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y Tierrafirme del Mar Océano*. Madrid. Real Academia de la Historia, 1934-57, 17 vols. Jiménez de Quesada, Gonzalo, *Epítome de la conquista del Nuevo Reino de Granada*, transcripción y prólogo de Manuel Lucena Salmoral. Bogotá. Revista Ximénez de Quesada, núm. 13, 1962. López de Gómara, Francisco, *Historia de las Indias*. Biblioteca de Autores Españoles, Historiadores Primitivos de Indias, t. I. Madrid. Edit. Atlas, 1946. Lucena Salmoral, Manuel, *Presidentes de Capa y Espada (1605-1628)*. En Historia Extensa de Colombia, vol. III, 2. Bogotá. Edit. Lerner, 1965. *Sebastián de Belalcázar*, Protagonistas de América. «Historia 16». Madrid, 1987. Morón, Guillermo, *Historia de Venezuela*. Caracas. Italgráfica, 1971, 5 vols. Ojer, Pablo, S.J., *Don Antonio de Berrío, Gobernador de El Dorado*. Caracas, 1969. Panhorst, Carlos, *Los alemanes en Venezuela durante el siglo XVI*. Madrid. Colección Hispania, 1927. Raleigh, Walter, *The discovery of the large, rich and beautiful Empire of Guiana, with a relation of the Great and Golden City of Manoa (which the Spaniards call El Dorado)*... Londres, 1948. Traducción española de Betty Moore en el libro de Demetrio Ramos, *El mito de El Dorado*. Caracas, 1973. Ramos, Demetrio, *El mito de El Dorado. Su génesis y proceso*. Caracas. Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, vol. 116, 1973. Rodríguez Freyle, Juan, *Conquista y descubrimiento del Nuevo Reino de Granada, que comprende hasta el año de 1638 (El Carnero)*. Bogotá. Biblioteca de Autores Colombianos, 1955. Ruiz, Helena, *La búsqueda de Eldorado por Guayana*. En Anuario de Estudios Americanos, vol. XVI, Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1959. Simón, fray Pedro, *Noticias historiales de las conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales*. Bogotá. Biblioteca de Autores Colombianos, 1963, 7 vols. Velandia, Roberto, *Enciclopedia histórica de Cundinamarca*. Bogotá. Artes Gráficas Ltda., 1980. Zamora, fray Alonso de, *Historia de la Provincia de San Antonino del Nuevo Reino de Granada*. Bogotá. Instituto Colombiano de Cultura Hispánica. Edit. Kelly, 1980, 4 vols.

CUADERNOS historia 16

101: El mito de El Dorado. • 102: El Califato de Córdoba. • 103: Las legiones romanas. • 104: Las guerras del opio. • 105: Los monasterios medievales. • 106: Las Olimpiadas. • 107: Las multinacionales en América Latina. • 108: La Inquisición en España. • 109: Las nuevas fronteras. • 110: La España de Santa Teresa de Jesús. • 111: Vida cotidiana en Roma (1). • 112: Vida cotidiana en Roma (2). • 113: Mapa étnico de América. • 114: De Indochina a Vietnam. • 115: Los caballeros medievales. • 116: Los viajes de Colón. • 117: El trabajo en el Egipto antiguo. • 118: La España de Espartero. • 119: La Inglaterra victoriana. • 120: Pestes y catástrofes medievales. • 121: Los afrancesados. • 122: España en el Pacífico. • 123: Comercio y esclavitud. • 124: De Lenin a Stalin. • 125: La Reforma en Inglaterra. • 126: El sufragio universal. • 127: Mitos y ritos del mundo clásico. • 128: Los campesinos medievales. • 129: Vida cotidiana en el Siglo de Oro (1). • 130: Vida cotidiana en el Siglo de Oro (2). • 131: Los movimientos ecologistas. • 132: La Semana Trágica. • 133: Sudáfrica. • 134: La pena de muerte. • 135: La explotación agrícola en América. • 136: Templos y sacerdotes en Egipto. • 137: La primera revolución agrícola del XVIII. • 138: La esclavitud en el mundo antiguo. • 139: Descubrimientos y descubridores. • 140: Las Cruzadas. • 141: Pericles y su época. • 142: Antiguos comerciantes del Mediterráneo. • 143: Conquista y colonización de Valencia. • 144: La ciencia en la España musulmana. • 145: Metternich y su época. • 146: El sistema latifundista en Roma. • 147: Los incas. • 148: El conde duque de Olivares. • 149: Napoleón Bonaparte (1). • 150: Napoleón Bonaparte (2). • 151: El cristianismo en Roma. • 152: Sevilla y el comercio de Indias. • 153: Las reducciones jesuíticas en América. • 154: Carlomagno (1). • 155: Carlomagno (2). • 156: Filipinas. • 157: El anarquismo. • 158: Conflictos sociales en la Edad Media. • 159: La trata de negros. • 160: Felipe V y Cataluña. • 161: El imperio turco. • 162: La visión de los vencidos en América. • 163: El sufragio y movimientos feministas. • 164: La I República española. • 165: Africa. Explotadores y explotados. • 166: Puertos comerciales en la Edad Media. • 167: Calvino y Lutero. • 168: La Institución Libre de Enseñanza. • 169: Adiós a la esclavitud. • 170: Cantonalismo y federalismo. • 171: La Toledo de Alfonso X. • 172: La «hueste» indiana. • 173: El movimiento obrero. • 174: Los pronunciamientos. • 175: El nacimiento de las Universidades. • 176: Nasser y el panarabismo. • 177: La religión azteca. • 178: La Revolución Francesa (1). • 179: La Revolución Francesa (2). • 180: La Revolución Francesa (3). • 181: Líbano, el conflicto inacabable. • 182: Los campesinos del siglo XVI. • 183: La Armada Invencible. • 184: La revolución de 1848. • 185: José Bonaparte. • 186: La ruta comercial del Camino de Santiago. • 187: Australia. • 188: El caciquismo en España. • 189: La colonización romana en Andalucía. • 190: Pedro I el Cruel. • 191: El Egipto de Ramsés II. • 192: La emigración a las Indias. • 193: La vida cotidiana en la Edad Media. • 194: Luchas sociales en la antigua Roma. • 195: El canal de Panamá. • 196: Las Universidades renacentistas. • 197: España y la Primera Guerra Mundial. • 198: Los bárbaros en el Imperio Romano. • 199: La España de Carlos III. • 200: Los palestinos.

historia 16

INFORMACION Y REVISTAS, S. A.

PRESIDENTE: Juan Tomás de Salas.

VICEPRESIDENTE: César Pontvianne.

DIRECTOR GENERAL: Alfonso de Salas.

DIRECTOR DE PUBLICACIONES: Pedro J. Ramírez.

DIRECTOR: J. David Solar Cubillas.

SUBDIRECTOR: Javier Villalba.

REDACCION: Isabel Valcárcel y José M.ª Solé Mariño.

SECRETARIA DE REDACCION: Marie Loup Sougez.

CONFECCION: Guillermo Llorente.

FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.

CARTOGRAFIA: Julio Gil Pecharromán.

Es una publicación del Grupo 16.

REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid. Hermanos García Noblejas, 41, 6.º 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.

Barcelona: Paseo de San Gervasio, 8, entresuelo. 08021 Barcelona. Teléfono 418 47 79.

DIRECTOR GERENTE: José Luis Virumbrales Alonso.

SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfonos 268 04 03 - 02.

DIRECTOR DE PUBLICIDAD: Balbino Fraga.

PUBLICIDAD MADRID: Dolores García. Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.

Cataluña: Paseo de San Gervasio, 8, entresuelo. 08021 Barcelona. Teléfono 418 47 79.

Zona Norte: Alejandro Vicente. Avenida del Ejército, 11, departamento 54 B. 48014 Bilbao. Teléfono (94) 435 77 86.

IMPRIME: TEMI.

DISTRIBUYE: SGEL. Polígono Industrial. Avenida Valdeparra, s/n. 28000 Alcobendas (Madrid).

ISBN 84-85229-76-2, obra completa.
ISBN 84-85229-77-0, cuadernos.
ISBN 84-7679-095-3. Tomo XI

Depósito legal: M. 41.536. — 1985.

El mito de El Dorado

Textos

CUADERNOS historia 16

Origen del mito de El Dorado, en versión de Fernández de Oviedo

PREGUNTANDO yo por qué causa llaman aquel príncipe el cacique o rey Dorado, dicen los españoles que en Quito han estado, e aquí a Sancto Domingo han venido (e al presente hay en esta cibdad más de diez de ellos), que lo que de esto se ha entendido de los indios, es que aquel grand señor o príncipe continuamente anda cubierto de oro molido e tan menudo como sal molida; porque le paresce a él que traer otro cualquier atavío, es menos hermoso, e que ponerse piezas o armas de oro labradas de martillo o estampadas o por otra manera, es grosería e cosa común, e que otros señores e príncipes ricos le traen cuando quiere; pero que polvorizarse con oro es cosa peregrina, inusitada e nueva e más costosa, pues que lo que se pone un día por la mañana, se lo quita e lava en la noche, e se echa e pierde por tierra; e esto hace todos los días del mundo. E es hábito que andando como anda de tal forma vestido o cubierto, no le da estorbo ni empacho, ni se encubre ni ofende la linda proporción de su persona e dispusión natural, de que él mucho se prescia, sin se poner encima otro vestido ni ropa alguna. Yo querría más la escobilla de la cámara de este príncipe, que no la de las fundiciones grandes que de oro ha habido en el Perú o que puede haber en ninguna parte del mundo. Así que, este cacique o rey dicen los indios que es muy riquísimo e grand señor, e con cierta goma o licor que huele muy bien, se unta cada mañana, e sobre aquella unción asienta o se pega el oro molido o tan menudo como conviene para lo que es dicho, e queda toda su persona cubierta de oro desde la planta del pie hasta la cabeza, e tan resplandeciente como suele quedar una pieza de oro labrada de mano de un grand artífice. Y creo yo que si ese cacique aqueso usa, que debe tener muy ricas minas de semejante calidad de oro, porque yo he visto harto en la Tierra Firme, que los españoles llamamos volador, y tan menudo, que con facilidad se podría hacer lo que es dicho. *(FERNANDEZ DE OVIEDO, GONZALO, «Historia General y Natural de las Indias». Biblioteca de Autores Españoles, t. 121. Atlas. Madrid, 1959.)*

Yo quería más la escobilla de la cámara de este príncipe que no la de las fundiciones grandes que de oro ha habido en el Perú

La ceremonia del cacique de Guatavita

VOLVI a él y he corrido mucha parte de ellas, y entre los muchos amigos que tuve fue uno don Juan, cacique y señor de Guatavita, sobrino de aquel que hallaron los conquistadores en la silla al tiempo que conquistaron este Reino; el cual sucedió luego a su tío y me contó estas antigüedades y las siguientes.

Díjome que al tiempo que los españoles entraron por Vélez al descubrimiento de este Reino y su conquista, él estaba en el ayuno para la sucesión del señorío de su tío; porque entre ellos heredaban los sobrinos, hijos de hermana, y se guarda esta costumbre hasta hoy día; y que cuando entró en este ayuno ya él conocía mujer; el cual ayuno y ceremonia era como se sigue.

Era costumbre entre los naturales que el que había de ser sucesor y heredero del señorío o cacicazgo de su tío, a quien heredaban, había de ayunar seis años, metido en una cueva que tenían dedicada y señalada para esto, y que todo este tiempo no había de tener parte con mujer, ni comer sal, ni ají, ni otras cosas que les vedaban; y entre ellas, que durante el ayuno habían de ver el sol; sólo de noche tenían licencia para salir de la cueva y ver la luna y estrellas y recogerse antes que el sol los viese; y cumplido este ayuno y ceremonias, le metían en po-

sesión del cacicazgo y señorío, y la primera jornada que había de hacer era ir a la gran laguna de Guatavita a ofrecer y sacrificar al demonio que tenían por su dios y señor. La ceremonia que en esto había era que en aquella laguna se hiciese una gran balsa de juncos, aderezábanla y adornábanla todo lo más vistoso que podían; metían en ella cuatro braseros encendidos en que desde luego quemaban mucho moque, que es el zahumerio de estos naturales, y trementina con otros diversos perfumes, y estaba a este trance toda la laguna en redondo, con ser muy grande y hondable, de tal manera que puede navegar en ella un navío de alto bordo, la cual estaba toda coronada de infinidad de indios e indias, con mucha plumería, chagualos y coronas de oro, con infinitos fuegos a la redonda, que luego que en la balsa comenzaba el zahumerio, lo encendían en tierra, de tal manera que el humo impedía la luz del día.

A este tiempo desnudaban al heredero en carnes vivas y lo untaban con una tierra pegajosa y espolvoriaban con oro en polvo y molido, de tal manera que iba cubierto todo de este metal. Metíanlo en la balsa, en la cual iba parado, y a los pies le ponían un gran montón de oro y esmeraldas para que ofreciese a su dios. Entraban con él en la balsa cuatro caciques, los más principales, sus sujetos, muy aderezados de plumería, coronas de oro, braceles y chagualas y orejeras de oro, también desnudos, y cada cual llevaba su ofrecimiento. En partiendo la balsa de tierra, comenzaban los instrumentos, cornetas y fotutos y otros y con esto una gran vocería que atronaban montes y valles, y duraba hasta que la balsa llegaba al medio de la laguna, de donde con una bandera se hacía señal para el silencio; hacía el indio dorado su ofrecimiento echando todo el oro, que llevaba a los pies, en medio de la laguna, y los demás caciques que le acompañaban hacían lo propio, lo cual acabado abatían la bandera, que en todo el tiempo que gastaban en el ofrecimiento la tenían levantada, y partiendo la balsa a tierra co-

Origen del mito de El Dorado, según el cronista Castellanos

Después que con aquella gente vino
Añasco, Benalcázar inquiría
Un indio forastero peregrino
Que en la ciudad de Quito residía,
Y de Bogotá dijo ser vecino,
Allí venido no sé por qué vía;
El cual habló con él, y certifica
Ser tierra de esmeraldas y oro rica.
Y entre las cosas que les encamina
Dijo de cierto rey, que, sin vestido,
En balsas iba por una piscina
A hacer oblación según él vido,
Ungido todo bien de trementina,
Y encima cuantidad de oro molido,
Desde los bajos piés hasta la frente,
Como rayo del sol resplandeciente.
Dijo más las venidas ser continas
Allí para hacer ofrecimientos
De joyas de oro y esmeraldas finas
Con otras piezas de sus ornamentos,
Y afirmando ser cosas fidedinas:
Los soldados alegres y contentos
Entonces le pusieron *el Dorado*
Por infinitas vías derramado.
Mas él dentro de Bogotá lo puso,
O término quel nuevo reino boja,
Pero ya no lo pintan tan incluso
En él que su distancia lo recoja,
Antes por vanidad de nuestro uso
Lo finge cada cual do se le antoja,
Y en cuanto se descubre, corre y anda,
Se lleva del dorado la demanda.

(CASTELLANOS, JOAN DE, «Elegías de Varones ilustres de Indias». Biblioteca de la Presidencia de Colombia, vol. 11. Editorial A.B.C. Bogotá, 1955, t. III, págs. 332-333.)

Sebastián de Benalcázar

menzaba la grita, gaitas y fotutos, con muy largos corros de bailes y danzas a su modo; con la cual ceremonia recibían al nuevo electo y quedaba reconocido por señor y príncipe.

De esta ceremonia se tomó aquel nombre tan celebrado de *El Dorado,* que tántas vidas y haciendas ha costado. En el Perú fue donde sonó primero este nombre *Dorado;* y fue el caso que habiendo ganado a Quito don Sebastián de Benalcázar, y andando en aquellas conquistas, topó con un indio de este Reino de los de Bogotá, el cual le dijo que cuando querían en su tierra hacer su rey, lo llevaban a una laguna, y allí lo doraban todo, o le cubrían todo y con muchas fiestas lo hacían rey. De aquí vino a decir el don Sebastián: «vamos a buscar este indio dorado». De aquí corrió la voz a Castilla y las demás partes de Indias, y a Benalcázar le movió a venirlo a buscar, como vino, y se halló en esta conquista y fundación de esta ciudad, como más largo lo cuenta el padre fray Pedro Simón en la cuarta parte de sus *Noticias Historiales,* donde se podrá ver; y con esto vamos a las guerras civiles de este Reino, que había entre los naturales, y de donde se originaron, lo cual diré con la brevedad posible, porque me dan voces los conquistadores de él, en ver que los dejé en las lomas de Vélez, guiados por el indio que llevaba los dos panes de sal, a donde podrán descansar un poco mientras cuento la guerra que hubo entre Guatavita y Bogotá, que pasó como se verá en el siguiente. *(RODRIGUEZ FREYLE, JUAN, «Conquista y descubrimiento del Nuevo Reino de Granada». Col. Crónicas de América, n.° 18. Edición de Jaime Delgado. Editorial Historia 16. Madrid, 1986, págs. 66-67.)*

Sir Walter Raleigh narra la causa de la riqueza de la Guayana y la versión de la rica ciudad de Manoa o El Dorado, situada a orillas de una laguna

A la pregunta de cómo la *Guayana* pudo llegar a ser tan populosa y estar adornada con tantas grandes ciudades, pueblos, templos y tesoros, puedo contestar que el Emperador ahora reinante desciende de aquellos magníficos príncipes del *Perú* acerca de cuyos vastos territorios, costumbres, conquistas, edificios y riquezas tanto se escribe en las detalladas narraciones de *Pedro de Cieza* [de León], Francisco López [de Gómara] y otros, que cuentan cómo Francisco Pizarro, *Diego Almagro* y otros conquistaron el imperio del *Perú,* después de matar a *Atabalipa,* hijo de *Guaynacapa;* el mismo *Atabalipa* que anteriormente había causado la muerte de su hermano mayor *Guascar.* Uno de los hijos menores de *Guaynacapa* pudo huir del *Perú,* llevando consigo muchos miles de aquellos soldados del imperio llamados *Orejones;* y con ellos, y con muchos otros que le siguieron, conquistó toda la región de *América* situada entre los grandes ríos de las *Amazonas* y *Baraquona,* también llamados *Orinoco* y *Marañón.*

Sir Walter Raleigh

El imperio de la *Guayana* está situado directamente al este del *Perú* en dirección al mar, debajo de la línea equinoccial, y hay en él oro en más abundancia que en cualquier parte del *Perú.* Y tantas o más ciudades grandes que allí, aun en la época de su mayor esplendor. Se gobierna con las mismas leyes, el Emperador y sus súbditos pertenecen a la misma religión y tiene las mismas formas y maneras de gobierno que las que se usaban en el Perú, sin ninguna diferencia. Los españoles que han visto *Manoa,* la ciudad imperial de la *Guayana,* llamada por ellos *el Dorado,* me han asegurado que su grandeza, sus riquezas y su excelente emplazamiento son superiores a los de cualquiera otra

del mundo, al menos del conocido por la nación española. Está levantada sobre un lago de agua salada de 200 leguas de longitud similar al *mare Caspiu.* Si la comparamos con la capital del *Perú,* con sólo leer los relatos de *Francisco López* y de otros, nos parecerá más que verosímil. *(RALEIGH, WALTER, «El descubrimiento del vasto, rico y hermoso Imperio de la Guyana», traducción castellana de Betty Moore. En «El mito del Dorado. Su génesis y proceso». Caracas, 1973, págs. 529-531.)*

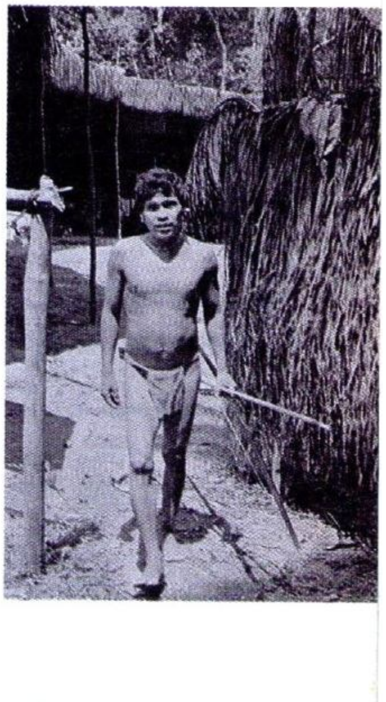
El mito del Meta

PUES hecha esta crueldad, se partió con su armada de doscientos hombres e diez e ocho caballos el río arriba, e subieron por él más de doscientas leguas, hasta que no pudieron pasar adelante, porque hallaron el río atajado naturalmente de peñas, e hace un grand salto, de tal forma que fue imposible ir los navíos e gente adelante, porque cae el agua más alta que dos estados y medio o tres, como de una presa de un molino, e tiene de ancho casi un tiro de ballesta, e por los lados es peña tajada e altísima. Así que, es imposible ningund hombre a pie, ni navío chico ni grande subir de allí, e dicen los indios que en lo alto de donde baja el agua, está una grande laguna, que es el origen o nascimiento deste río; y que aquélla está entre altas y asperísimas montañas. Lo cual no pudieron ver los cristianos, ni se puede llegar allá, sino yendo por la otra parte, por la vía que dicen de Meta, y con muchas leguas de rodeo.

Allí cerca se hobo un recuentro con indios, e tomaron dos o tres dellos, para saber dónde estaban y qué tierra era aquélla. Y éstos eran caribes, e decían que la tierra adentro estaba una provincia llamada Meta, ocho días de camino de donde los habían prendido, y que habían de ir allá por un estero. E probáronlo, pero no pudieron subir porque el río menguaba más cada día. Y es de tal manera, que me paresce que tiene alguna conformidad con el Nilo, del que dice Isidoro que inunda e riega la tierra del Egipto e la hace fecunda, en el cual, como el mismo auctor dice, hay aquellos grandes cocodrilos: *Solus ex animalibus superiorem maxillam movere cicitur.* Pero quien largamente se quisiere informar del Nilo, ocurra a la *Historia Natural* de Plinio, el cual dice que la origen e nascimiento del Nilo es incierto, porque corre por partes desiertas y ardientes y por desmedido espacio; y dice que se crían en él cocodrilos, y que en cierto tiempo del año, cresce y baña el Egipto e lo hace fértil, y segund sus crescientes, así es el año más o menos abundante o estéril; y dice que su mayor crescimiento, hasta la edad e tiempo de Plinio, fué diez e ocho codos.

Tened, pues, lector en la memoria, lo que estos auctores dicen, y oídme y sabréis lo que supe de muchos testigos de vista que en este viaje de Ordaz se hallaron e navegaron lo que he dicho por el río de Huyapari. El cual cresce y mengua veinte estados o brazas, y comienza a crescer en el mes de junio, e tura cresciendo hasta el mes de octubre, y de ahí adelante baja, menguando por la mesma orden hasta el mes de mayo. Así que, seis meses cresce y otros tanto mengua. Y aquestos nuestros españoles le vieron en fin del mes de diciembre.

Decían aquellos caribes, mostrándoles oro e plata, que no había plata; mas que hallarían mucho oro, e que lo cogían en una sierra de la provincia de Meta, y que es tierra muy poblada e hay mucha fertilidad e de comer en ella. E bien o mal entendidos, estos indios loaban continuamente aquella tierra de Meta; mas porque el agua bajaba, no po-



Decían aquellos indios que hallarían mucho oro, e que lo cogían en una sierra de la provincia de Meta

Francisco Pizarro

dían ir a ella, y era tan veloce la menguante del agua, cuando se tornaron los españoles desde donde es dicho, que por donde habían pasado, cortaron los árboles y ramas en algunas partes para subir los navíos, e a la vuelta hallaron en altura de una lanza, o más, cortadas las ramas que habían cortado al pasar, cuando subían. E la nao capitana, que al subir del río la habían dejado en un estero junto al río de Huyapari, la hallaron en seco más de dos leguas y media dentro de tierra, en una sabana o campo, que apenas se parescía la nao entre la hierba; y para allegar hasta allí, había ido por encima de los árboles guayabos e guayabonos. E desde allí, subiendo el río arriba, cogían la fruta e cortaban ramas para poder pasar. Pero como la hallaron en seco, se descargó, e pasaron lo que tenía a los navíos de remos, y como se acabó de enjugar la tierra, la mandó deshacer y quemarla el gobernador Diego de Ordaz.

Por manera que llegados estos españoles donde es dicho que está aquel salto del río, algunos dellos quisieron ir adelante, pues que tanto habían trabajado para llegar hasta allí; y el gobernador Diego de Ordaz decía lo mismo, e quería echar los navíos todos al través e salir donde les paresciese, en la costa del río, para irse en demanda de Meta. Pero otros le aconsejaron que se tornase al pueblo de Aruacay, e que desde allí se fuese a Cumaná, e que desde el golfo de Cariaco, entraría por tierra e iría a Meta por parte que fuese más a su propósito e con más facilidad e menos peligro. E dió la vuelta, porque le paresció que se debía así hacer a un Alonso de Herrera, su alguacil mayor, a quien este gobernador daba más crédito del que se debía dar. Tornóse esta gente, sin ver más del dicho río y dejando en él muertos ochenta hombres, o más, del trabajo de subir los navíos, e porque muchos dellos entraron enfermos e otros con llagas; e los echaron al agua, después que murieron. *(FERNANDEZ DE OVIEDO, GONZALO, «Historia general y natural de las Indias». Biblioteca de Autores Españoles, vol. 118. Madrid, 1959, t. II, págs. 394-395.)*

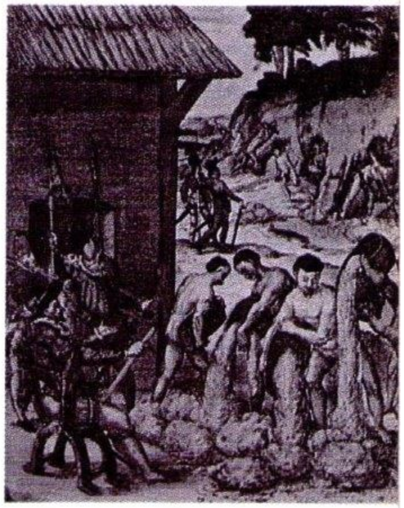
El país de la canela

LA provincia de Quito es en la tierra que a la parte austral conquistaron los adelantados don Francisco Pizarro e don Diego de Almagro, e en su nombre el capitán Sebastián de Benalcázar. En cierta parte de aquella provincia se ha hallado una cierta manera de nueva canela, porque, a la verdad, no es como la que tenemos en uso e viene de la Especiería e islas de Maluco e Bruney e de por allá; sino de nueva forma, e no semejante a la que todos conoscemos sino en el sabor e en el olor, y no en la hechura; porque aquesta nueva canela es unos capullos o engastes o vasillos de alguna fructa, de los cuales, mis amigos e conoscidos me han enviado algunos, y lo que puedo conjecturar dellos es lo que digo. Y éstos son del tamaño que aquí les debujo. Este primero está de espaldas, y el segundo está mostrando el vacuo. Tienen un color pardo escuro, e a mi juicio su sabor no es turable: que presto se le pasa aquel sabor e le pierde, o la mayor parte dél. E escríbenme que donde esta canela es fresca, que es mucho mejor que la que se usa en España. El gordor destas cáscaras o vasillos es como de un real de plata, e arrugadas por de fuera, e de dentro más lisas, e aquel pezón paresce como de un higo paso. Créese que la fruc-

En cierta parte de aquella provincia se ha hallado una cierta manera de nueva canela porque no es como la que tenemos

ta que en estos vasillos nasce, debe ser excelente. Los cristianos no la han visto, porque a aquella provincia de Quito les llevan a rescatar estas cáscaras o canela, si lo es, e les dicen que los árboles en que nascen, son pequeños.

Después que esto escrebí estuvo en esta cibdad el dicho capitán Sebastián de Benalcázar, que venía de España, donde Su Majestad le hizo mercedes e su gobernador e capitán general e adelantado de la provincia de Popayán (dél se tractará en el libro XLV de la III parte destas historias); e ha muchos años que nos conoscemos, y en esta cibdad de Sancto Domingo, de donde se partió para la dicha su gobernación el año próximo pasado de mil e quinientos y luarenta, en el mes de diciembre, comuniqué esto desta canela con él, porque él fué el primero de los españoles que en la provincia de Quito hobo noticia della. E me dijo que iba muy puesto en la ver en sus árboles, e que, segund la información tenía, nasce en la costa del gran río Marañón que descubrió Vicente Yáñez, e por de dentro de la Tierra Firme. Desde la dicha su gobernación de Popayán, dice que hay mucho aparejo para ello e para otros grandes secretos de aquel río, e por allá piensa hacer el pase e abrir su negociación e puertos para estotra mar nuestra del Norte, aunque él, al presente, para ir a su gobernación, entra por el río de Sanct Joan, que es en la gobernación del adelantado don Pascual de Andagoya, en la mar del Sur, e plega a Dios que se haga buena vecindad. Y esto baste cuando a la canela que es dicho, hasta que más sepamos della. *(FERNANDEZ DE OVIEDO, GONZALO, «Historia General y natural de las Indias». Biblioteca de Autores Españoles, vol. 117. Madrid, 1959, t. I, pág. 301.)*



Gonzalo Pizarro, en el país de la canela

LLEGO al Quito; reformó algunas cosas del gobierno, proveyó su ejército de indios de carga y servicio, y de otras muchas cosas necesarias á su jornada; y partióse en demanda de la Canela, dejando en Quito por su teniente á Pedro de Puelles, con docientos y mas españoles, con ciento y cincuenta caballos, con cuatro mil indios y tres mil ovejas y puercos. Caminó hasta Quijos, que es al norte de Quito, y la postrera tierra que Guaynacapa señoreó. Saliéronle allí muchos indios como de guerra, mas luego desaparescieron. Estando en aquel lugar tembló la tierra terriblemente, y se hundieron mas de sesenta casas, y se abrió la tierra por muchas partes. Hubo tantos truenos y relámpagos, y cayó tanta agua y rayos, que se maravillaron. Pasó luego unas sierras, donde muchos de sus indios se quedaron helados, y aun allende del frio, tuvieron hambre. Apresuró el paso hasta Cumaco, lugar puesto á las faldas de un volcan, y bien proveido. Allí estuvo dos meses, que un solo dia no dejó de llover, y ansí, se les pudrieron los vestidos. En Cumaco y su comarca, que cae bajo, ó cerca de la Equinocial, hay la canela que buscaban. El árbol es grande, y tiene la hoja como de laurel, y unos capullos como de bellotas de alcornoque. Las hojas, tallos, corteza, raíces y fruta son de sabor de canela, mas los capullos es lo mejor. Hay montes de aquestos árboles, y crian muchos en heredades para vender la especería, que muy gran trato es por allí. *(LOPEZ DE GOMARA, FRANCISCO, «Historia de las Indias». Biblioteca de Autores Españoles. Historiadores Primitivos de Indias, t. I. Edit. Atlas. Madrid, 1946, pág. 243.)*

El árbol es grande, y tiene la hoja como de laurel, y unos capullos como de bellota de alcornoque. Las hojas, tallos y fruta son del sabor de la canela mas los capullos es lo mejor

Fernández de Oviedo confirma la intención de Benalcázar de buscar el país de la canela y cómo se le anticipó Gonzalo Pizarro

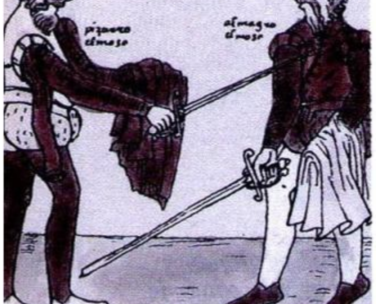
E aqueste Benalcázar, desde entonces, tuvo noticia mucha de la canela, e aun segund él me dijo en esta cibdad de Sancto Domingo, cuando tornaba de España proveído por gobernador de Popayán, su opinión era que hacia el río Marañón la había de hallar, e que aquella canela se había de llevar a Castilla e a Europa por el dicho río, porque segund los indios le habían dado noticia del camino, pensaba él que no podía faltar, si su información no fuese falsa; la cual tenía por cierta e de muchos indios. Cuando fué de aquí este capitán, pensamiento llevaba de la ir a buscar; pero como ya Gonzalo Pizarro era ido mucho antes (o en tanto que Benalcázar por acá andaba) en la mesma demanda de la canela, siguióse, de buscarla, el descubrimiento de ella e del río Marañón, por la parte interior de la tierra, e de sus nascimientos de aquel grand río, de la manera que se dirá en el siguiente capítulo (...).

Pues como el marqués don Francisco Pizarro supo que Benalcázar se había partido de Quito sin su licencia, envió allá al capitán Gonzalo Pizarro, su hermano, y enseñoreóse de aquella cibdad de Sanct Francisco e de parte de aquella provincia, e desde allí determinó de ir a buscar la canela e a un grand príncipe que llaman el Dorado, de la riqueza del cual hay mucha fama en aquellas partes (...).

Creía Gonzalo Pizarro que yendo aquel camino, había de resultar de su viaje una próspera e rica navegación, con grandísima utilidad de las rentas reales e aumentación del estado e patrimonio de la Cesárea Majestad e sus subcesores, e para quedar muy ricos los cristianos que se hallasen en la conclusión de la empresa. Para este efecto, con doscientos e treinta hombres de caballo e de pie, fué la vuelta de los nascimientos del río Marañón, e hallaron árboles de canela; pero fué poca, y en árboles muy lejos unos de otros, y en tierra áspera e deshabitada, de forma que la calor de esta canela se enfrió, e perdieron esperanza de la hallar en cantidad (a lo menos por entonces). Pero aunque aquesto pensaron algunos que en aquello se hallaron, otros de los mesmos me han dicho a mí que no creen que la canela es poca, pues que se lleva a muchas partes. Y caso que los árboles que vieron de esta especie, son salvajes e que por sí los produce naturaleza, los indios dicen que la tierra adentro los cultivan e labran, e son muy mejores, e dan más perfecto fructo (...).

Y como eran pocos los árboles que vieron, no les contentó lo que hallaron, pareciéndoles que era poco el interés de la canela respecto de tanta fatiga

Después que hobieron descansado e recogido algún bastimento, procedieron estos españoles en demanda de la canela, llevando consigo algunas lenguas que decían que los llevarían hasta allá. E porque no trabajasen todos en esto, mandó Gonzalo Pizarro que fuesen con él e aquellos guías hasta ochenta compañeros, e que los demás le atendiesen. E así caminó sesenta días a pie, por ser la tierra tan fragosa que no podían llevar caballos.

En fin de este tiempo halláronse los árboles de la canela; los cuales son grandes (e también los hay pequeños) e apartados muchos unos de otros, e metidos en ásperas montañas; las hojas de los cuales e unos capullos que tienen, son de sabor de canela; la corteza ni lo demás no tiene gusto bueno, ni sabe sino a madera. E como eran pocos los árboles que vieron, no les contentó lo que hallaron, paresciéndoles que era poco el interese de la canela respecto de tanta fatiga, buscándola en tierra tan despoblada. *(FERNANDEZ DE OVIEDO, GONZALO, «Historia general y natural de las Indias». Biblioteca de Autores Españoles, t. 121. Atlas. Madrid, 1959.)*

Diego de Almagro da muerte a Gonzalo Pizarro (grabado del Poma de Ayala)